**Percepciones sociales de seguridad y miedo al delito en jóvenes escolarizados de la
localidad de Puente Aranda**

CARLOS ANDRÉS SOTO VARGAS

LIZETTE DUQUE CRUZ
DIRECTORA

RAÚL OYUELA
ASESOR

UNIVERSIDAD SANTO TOMÁS
FACULTAD DE PSICOLOGÍA
POSGRADOS EN PSICOLOGÍA JURÍDICA
MAESTRÍA EN PSICOLOGÍA JURÍDICA
Bogotá, D.C., noviembre de 2013

Contenido

Resumen.....	4
Introducción	5
Marco de referencia.....	12
Psicología jurídica y psicología social	13
Victimología y criminología.....	15
Tejido social.....	17
Otras variables a considerar	19
Miedo al delito	22
Medición	25
Percepción de seguridad	29
Miedo líquido	32
Efectos físicos y psicológicos	38
Ciclo vital.....	39
Definiciones	40
Objetivos.....	42
Objetivo general	42
Objetivos específicos	42
Método.....	43
Tipo de investigación y diseño	43
Participantes.....	45
Técnica de recolección de información	46
Análisis de la información	47
Categorías pre establecidas.....	49
Consideraciones éticas.....	49
Procedimiento.....	50
Resultados.....	52
Generalidades	54
Agrupación de temáticas.....	61
Personajes y seguridad.....	61
Espacios geográficos.....	64

Herramientas de afrontamiento.....	69
Autopercepción y compromiso.....	69
Discusión	73
Referencias.....	95
Anexo A	107
Anexo B	108
Anexo C	109

Percepciones sociales de seguridad y miedo al delito en jóvenes escolarizados de la localidad de Puente Aranda

Carlos Andrés Soto Vargas y Lizette Duque Cruz¹

Resumen

La criminalidad no es un hecho objetivo. O cuando menos, no en todos los casos. Es en ese sentido que la presente investigación buscó reconocer, en una población adolescente, las percepciones sociales relativas a la peligrosidad o seguridad, atribuibles a lugares significativos en su vida; este tipo de estudios (como los de Norris y Kaniasty (1994), Ruiz (2007) y Vozmediano y Vergara (2009)) han evidenciado la necesidad de incluir las percepciones sociales a la hora de estudiar el delito y más aun, el miedo al delito, por lo cual la investigación fue de tipo cualitativo, cuyo método de recolección de la información fue la técnica del *focus group* en un grupo de adolescentes escolarizados del Colegio Antonio José de Sucre I.E.D. de la ciudad de Bogotá, de edades entre los 14 y los 17 años. Se encontró que sus percepciones convergían en atribuir una peligrosidad a espacios donde las estadísticas oficiales de Bogotá no reporta incidencia fuerte de criminalidad; esto reafirma la explicación victimológica de los fenómenos de delincuencia, que apelan a la percepción social -diferente a la biológica- que implica considerar la necesidad de generar apoyos instrumentales sociales frente a necesidades sociales complejas, en el sentido en que son analizadas, comprendidas o interpretadas por los miembros de un grupo social específico (Méndez y Bara, 2008) e implica la calidad de vida de las personas, que pueden sentirse seguras o no por diversos factores (Ospina, 2006 citado en Ruiz, J. 2007).

Palabras clave: *Miedo al delito, miedo liquido, tipología.*

Abstract

The crime is not an objective fact. Or at least, it is not in all the cases. In this sense, the present investigation looked to recognize in an adolescent population the social perceptions related with the dangerousness or safety linked to the meaningful places in their lives. This kind of studies (as the ones done by Norris and Kaniasty (1994), Ruiz (2007) and Vozmediano and Vergara (2009)) have showed the need to include the social perceptions at the time to study the crime and moreover, the fear of crime. Therefore, this research was qualitative. To cover this, the focus group technique was used to gather all the information; it was applied in an adolescent group part of the school named as “Colegio Antonio José de Sucre I.E.D” from Bogota city. The ages of these adolescents ranged from 14 to 17 years. It was found that their perceptions converge in attributing the dangerousness to areas where official statistics from Bogota does not report strong incidence of crime. This reaffirms the explanation of victimology of the delinquency phenomena. These phenomena appeal to the social perception (other than the biological perception) which implies the need to generate social instrumentals supports in respond of the social complex needs; this in the sense that they are analyzed, understood or interpreted by members of a particular social group (Mendez and Bara, 2008); it implies the quality of people’s life, who may feel safe or not by various factors (Ospina, 2006 cited in Ruiz, J. 2007).

Keywords: Fear of crime, liquid fear, typology.

---

¹Directora trabajo de grado

Introducción

El miedo ha sido objeto de estudio en psicología, ya que ha llegado a ser definido como una emoción básica de los seres vivos, incluido claro está, el ser humano (Mirá y López, 1962 y Damasio, 2001). En cuanto al delito, se observa que no solo se produce miedo como consecuencia directa de la presentación de conductas delictivas (Monteleone 2009) sino que también tiene un impacto en las familias de las víctimas (Deutsch 2007) y adicionalmente se ha encontrado que existe un miedo adquirido y reproducido socialmente y un miedo derivativo que afecta la conducta aún en ausencia de amenaza inminente o contingente (Bauman 2007). Dado que el miedo y la delincuencia inciden sobre la percepción de seguridad, se entiende la importancia de una guía para hablar de miedo al delito y la percepción de seguridad; en ese sentido, la presente investigación se guiará por la pregunta: ¿Cómo identificar las percepciones sociales de los estudiantes adolescentes del colegio Antonio José de Sucre, específicamente frente a percepción de seguridad y miedo al delito? Se entiende, por tanto que responder a esta pregunta implica una postura teórica, una revisión de antecedentes teóricos, una revisión de antecedentes empíricos, una metodología y un diseño acordes al tema, la recolección de datos de una muestra de la población seleccionada, el análisis de dichos datos, la comparación de los resultados con la teoría y finalmente la comparación de los reportes de la población con estadísticas oficiales.

Así, se destacan diversas investigaciones y publicaciones frente al miedo al delito y la percepción de seguridad, tales como las de Juárez (2004) donde se enfatiza la necesidad de separar los tipos de miedo y el impacto de la re-victimización en la percepción de seguridad; por su parte, Hahm, Ki, Jeong, Hoon, Hyeon, Sim, y Lee (2009) realizaron una aplicación de pruebas psico-jurídicas donde evidencian las consecuencias y cambios fisiológicos de algunos tipos de

miedo, mientras que Vázquez (2008) quien apunta a los aspectos que escapan a la ley y el derecho en general para lograr percepción de seguridad y la importancia de la psicología jurídica en esta área Vilarinho, Fariña y Arce (2009) hacen una distinción entre ansiedad fóbica y miedo y Sierra, Ortega y Zubeidat (2003) diferencian miedo, estrés y ansiedad. Autores como Soto (1999) aclaran la necesidad del miedo para la formación de la subjetividad y Ruiz (2007) pone de presente la relevancia del tejido social y la cultura ciudadana en la disminución del miedo al delito. Incluso, el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (1998) analiza el miedo a los demás, el miedo “al otro”, como indicador de percepción social de miedo al delito, en tanto que Subijana (2008) identifica la seguridad informática como parte de la percepción de seguridad y Narváez (2009) contextualiza el miedo al delito como una situación no dependiente de la presentación directa de delitos. Todos estos conceptos y autores se desarrollan a lo largo del presente estudio y se ponen de presente para ejemplificar los componentes a considerar en los estudios de miedo al delito y percepción de seguridad.

En este mismo sentido, se pueden identificar trabajos de campo realizados con objetivos similares a los de la presente investigación y permiten comparar, dimensionar y contrastar los resultados. De entre dichos trabajos, se pueden nombrar los de Norris y Kaniasty (1994) que estudiaron la presencia de miedo al delito 3, 9 y 15 meses después del hecho criminal en tanto que el PNUD (1998) que presenta una metodología tendiente a objetivizar el concepto de seguridad y los trabajos de San Juan, Vozmediano y Vergara (2009) quienes estudiaron el miedo al delito en ambientes digitales lo mismo que el Observatorio de Seguridad que posee la Cámara de Comercio de Bogotá (CCB), el cual produce periódicamente informes, estadísticas y herramientas para medir el miedo al delito en la capital colombiana (CCB, 2012). Tal como sucede con los referentes teóricos, estos estudios se analizarán más adelante, pero permiten

anticipar la posibilidad de tener puntos de referencia para este estudio, comparando tanto las atribuciones causales de los resultados, como las explicaciones teóricas que han dado otros autores a sus propios resultados.

Con estas investigaciones y estudios , así como con los planteamientos teóricos alrededor de los conceptos de percepción de seguridad y miedo al delito, es necesario establecer la forma de acceder a dichas percepciones sociales y por tanto definir lo que se entenderá por cada uno de estos conceptos. Frente a este panorama se inicia por definir las percepciones sociales, ya que si bien implican la idea tradicional de percibir la realidad mediante los sentidos, no se limita a este proceso, es decir, no refiere exclusivamente al percibir el espacio en términos físico químicos (Ribes y López, 1985) sino que también implica la aprensión de la realidad y el conocimiento, para ser re-interpretados por cada sujeto, implicando así variables personales, sociales y culturales para comprender la realidad y construir modelos explicativos más complejos, abarcadores y potentes (Jara y Torres, 2013).

En cuanto al miedo al delito y la percepción de seguridad, Rodríguez (2008) presenta un resumen respecto a la evolución de estos conceptos, en el cual identifica como fuente común a los primeros estudios de seguridad y la conceptualización del delito una marcada base de binomios tales como lo natural y lo anti natural, lo mandado y la desobediencia y lo permitido y aquello que no lo es. Por lo tanto, una persona o grupo de ellas se ajustan a lo natural, mandado y permitido, pero resulta que no todos los seres humanos o conjunto de ellos tienen los mismos parámetros o valores respecto a qué es lo natural, mandado y permitido, generando así diferencias y miedos, fundados o no, principalmente por ver amenazado el ordenamiento cultural, social o personal por aquel o aquellos individuos que no comparten sus costumbres o creencias. Adicionalmente, continua Rodríguez (2008), el delito es concebido, desde la

perspectiva de los estados de derecho, la norma pretende condensar el pensamiento o necesidades de un grupo social y expresarlo en preceptos llamados leyes, instaurando taxativamente así otra dualidad: si se cumple la ley es legal y aquello que no lo cumple es ilegal y constituye un delito.

Dado que estos conceptos de delito y seguridad continuaron su evolución, Colombo, Dávalos y Palavecino (2011) apuntan a una siguiente etapa, donde la seguridad referida a asentamientos humanos permanentes se posiciona como una necesidad de carácter público, generando dos fenómenos que determinaron los primeros estudios de miedo al delito y percepción de seguridad; esto son, la politización de la inseguridad y un populismo punitivo, donde la primera refiere a la utilización indiscriminada de la seguridad y sus componentes como parte del discurso de mandatarios y aspirantes a serlo, convirtiendo así la seguridad en una plataforma, en instrumento y no en objetivo real. En cuanto al populismo punitivo, se refiere al accionar de los gobernantes para responder en forma desorganizada y sin planeación a fenómenos o delitos de alto impacto, dejando de lado aspectos como la prevención de conductas lesivas y la promoción de valores y redes sociales, tendientes a disminuir el desorden social y por ende, la delincuencia, generando así percepción de seguridad, entendiendo que la misma teoría social contemporánea se establece a partir de los valores compartidos generados a partir de las redes sociales, lo cual a su vez permite facilita una visión positiva del futuro que va a configurar la percepción de seguridad (Leaning, 2000); por lo anterior se entiende que al hablar de endurecimiento de penas, sin estudiar los efectos reales de dicha medida, hacer variaciones a las leyes para poder satisfacer necesidades inmediatas, sin pensar en las consecuencias a futuro, entre otras formas de aparentar acciones duras del gobernante, son búsquedas ficticias de un verdadero bienestar, que sea sostenible, duradero y para toda la población.

Estas situaciones generan la visión tradicional del estudio del miedo al delito y la percepción de seguridad, esto es, una visión criminológica, donde el miedo al delito es solo una parte constitutiva del hecho criminal, pero que no la explica; solo le da contexto y la seguridad es el resultado de pocos delitos (Weisburd y Eck, 2006), descartando así otros factores que más adelante se expondrán, tales como la satisfacción de necesidades como parte constitutiva de la seguridad, o mejor, de una percepción de seguridad.

Por lo anteriormente expuesto, es necesario aclarar que, debido a los estudios actuales sobre conducta criminal y su impacto en las víctimas, se entiende el acto criminal más como un “campo psicológico”, en el sentido de la definición de Kantor (1981), que no es otra cosa que acercarse a un fenómeno psicológico, pensando que en él la conducta y la respuesta se dan en determinados contextos, donde influyen igualmente: el objeto estimulativo, las variables orgánicas, la historia interconductual, la función estímulo-respuesta, los factores situacionales, los eventos disposicionales y el medio de contacto (Ribes y López, 1985). De ello se colige que todos los factores intervinientes resultan decisivos a la hora de predecir, explicar, controlar o modificar la conducta delictiva; en ese sentido, Vozmediano, San Juan y Vergara (2008) hallaron que se suelen hacer mediciones de percepción de seguridad y miedo al delito sin una verdadera unidad de criterios, ante lo cual se evidencia una problemática clara en las investigaciones de miedo al delito y percepción de seguridad, a saber, la falta de consistencia epistemológica, metodológica y explicativa de este tipo de estudios, ya que ante lo expuesto anteriormente, lo que se pretendió con este estudio es dar continuidad al trabajo de Soto, Silva, Vados y Machado (2013), donde se presenta una revisión teórica de postulados frente a miedo al delito y percepción de seguridad, en el cual se propone la teoría del miedo líquido de Bauman (2007) como marco teórico suficiente respecto a estos temas, lo cual permitió hacer esta investigación

respecto a las percepciones sociales de algunos jóvenes escolarizados que presenta una tipología de lugares considerados peligrosos y algunas variables asociadas a estas percepciones sociales. La importancia de estos dos referentes es que, al ser entendido el espacio comunitario como un lugar donde se dan las condiciones para que se manifiesten los problemas sociales que afectan a la mayoría de la sociedad (Sabogal, 2010), es viable proyectar, a partir de esta investigación, el diseño de un instrumento que permita medir la percepción de seguridad y el miedo al delito y así finalmente tener elementos suficientes, así como indicadores suficientes, para generar impacto en la política criminal de la ciudad de Bogotá y de Colombia, entendiendo que la seguridad pública mundial tiende a incluir la dimensión comunitaria como centro crítico de solución de los problemas de seguridad (Fernández, 2005).

Una vez determinado el vacío a que apunta esta investigación, es menester acercarse al concepto mismo de miedo al delito, el cual fue desarrollado desde la criminología inglesa, por lo cual fue denominado como “*fear to crime*”; sin embargo, actualmente ha trascendido su significación inicial de sensación de inseguridad, a estar inscrito en factores subjetivos de la población, que llevan a acciones no necesariamente acordes con la peligrosidad del evento, procedentes de la percepción subjetiva respecto a la probabilidad de ser o no ser víctima de un delito (Colombo, Dávalos y Palavecino, 2011), es decir, ahora se incluye el factor subjetivo en el fenómeno. Por ello, en la presente investigación “miedo al delito” se entendió como la ansiedad y la anticipación de peligro ante la posibilidad, bien sea inminente o poco probable, pero estimada por el individuo como posible, de sufrir una agresión o un atentado a su propiedad, centrado en las percepciones subjetivas de un individuo o grupo de los mismos (Páez, 2009). En lo que respecta a la actualidad de la percepción de seguridad, se puede afirmar que en este documento refiere a la posibilidad de estar tranquilo en un lugar, sin ser violentado en el mismo,

y la capacidad de circular en la calle o exterior de su casa sin la zozobra permanente por ser atacado (Páez, 2009) e igualmente la satisfacción con los servicios de salud, educativos, sistema de gobierno y, en general, el nivel de satisfacción con las oportunidades para desarrollarse integralmente (Restrepo, Moreno y Villegas, 2006). Se entiende, por tanto, que muchas ciencias pueden estudiar estos fenómenos, así que resulta pertinente comprender que las percepciones sociales, esto es, la percepción de un grupo social, son objeto de investigación pertinente para las ciencias sociales, pero es desde la psicología que se consideran tanto los imaginarios colectivos como las variables individuales que lo explican.

Respecto a la investigación de estos temas, vale la pena aclarar que el estudio de las percepciones sociales que subyacen a la toma de decisiones de una persona, respecto a su seguridad personal o la de sus bienes, así como el desarrollo de posibles conductas protectoras, permite comprender parte de la dinámica presente en una comunidad determinada, lo cual puede dar luces respecto a las vías más correctas o adecuadas para generar política criminal, así como establecer acciones de las autoridades para reforzar el tejido social y así integrarse más efectivamente al resto de la población. Por ello resulta relevante el trabajar con la población adolescente, ya que su percepción, su concepción como víctima o posible víctima es muy baja, pese a que están expuestos a muchas situaciones que aumentan la probabilidad de sufrir un daño físico o una pérdida material, ya que como anotó Acevedo (2008), no se corresponden los lugares o personas más proclives a sufrir hechos criminales y el miedo a ser efectivamente víctima de los mismos, ya que pueden hallarse lugares con muy bajos índices de delitos violentos, que presentan muy altos índices de miedo al delito. Esto, aunado al hecho que los estudios tradicionalmente se han centrado en poblaciones económicamente activas, que para el caso colombiano comprende entre los 18 y los 65 años, implica que la población adolescente ha

quedado descubierta de este tipo de estudios, por lo cual se planteó como la población objetivo de esta investigación.

Marco de referencia

Debido al creciente interés en estos temas y a la probada influencia del miedo al delito en las decisiones personales e incluso en la conformación del tejido social, se han generado diversos materiales y estudios respecto al miedo y al delito, e igualmente sucede con las víctimas de delitos, todo lo cual presenta o genera una serie de resultados y categorías que pueden prestarse a confusión, y esto hace deseable aclarar algunos términos que se utilizan indiscriminadamente al hablar de estos temas.

Por lo tanto la percepción de seguridad y el miedo al delito le competen a la psicología ya que el miedo es una emoción básica, e igualmente los procesos de control social y tejido social que determinan factores de protección frente al delito, son estudios tradicionalmente psicológicos (Mirá y López, 1962). Más aun, dado que el enfoque reciente de interpretación de estos fenómenos parte de la victimología y tiene incidencia en la disminución de la criminalidad, propende por el cumplimiento de leyes y la interiorización de la norma, así como del incumplimiento de los mismos, la psicología jurídica resulta una herramienta útil para acercarse, explicar y analizar estos fenómenos (Ruiz, 2010).

Adicionalmente resulta que desde las ciencias sociales se habla de lugares y personas peligrosas, pero no se encuentran claramente categorizadas las características o variables que se pueden aglutinar o relacionarse para determinar algunas constantes variantes e invariantes en dichos conceptos y sus particularidades para determinar el nivel de peligro percibido. En ese mismo sentido, la presente investigación se enfocó en el estudio de algunas percepciones sociales que motivan a los adolescentes entrevistados a tomar decisiones respecto a su seguridad personal

o la de sus bienes, las cuales desarrollan conductas defensivas y determinan una actuación determinada en lugares considerados peligrosos o potencialmente peligrosos y cuya atribución de peligrosidad o seguridad obedece a categorías variadas, tales como la ubicación geográfica periférica (Palos, 1992), para dar solo un ejemplo. En ese sentido, la investigación permitió comprender parte de la dinámica de las percepciones sociales de seguridad/inseguridad en este grupo de adolescentes escolarizados.

Es necesario, por tanto, revisar más a fondo los conceptos ya expuestos y buscar las propuestas que se hacen desde la victimología para comprender mejor los fenómenos de percepción de seguridad y miedo al delito.

Psicología jurídica y psicología social

Narváez (2009) afirma que el miedo al delito es una emoción multi-determinada y por lo tanto no es una percepción resultante exclusivamente de la presencia de delitos en una zona, aunque puede ser uno de los factores, y por ello no se disminuye o ataca exclusivamente con cambios en la política criminal específica, sino que además involucra cambios de paradigmas sociales, cultura ciudadana, redes sociales más fuertes y mucha voluntad política en gobernantes y gobernados. Dicho en palabras de Ruiz (2007), la insuficiente presencia policial, la baja eficacia y credibilidad del sistema judicial, la insatisfacción con las políticas policiales generan un mayor miedo al delito.

Estas características evidencian que la percepción del delito y el miedo al delito son fenómenos multi-determinados y que pueden ser competencia de varias ciencias y, a su vez, de varios enfoques en cada ciencia. Es por ello que se hace necesario precisar el interés de la psicología jurídica en este tema, y además delimitar los alcances de la psicología social que, si

bien ha tenido injerencia en el estudio de estas percepciones sociales, se determinó como más completa y pertinente la aproximación desde la psicología jurídica.

En ese sentido, De la Cuesta (1994) acota que es precisamente la psicología social la que brinda los marcos teóricos adecuados para cimentar los fundamentos de la psicología jurídica, particularmente en áreas como la victimología e incluso la psicología forense. Más aún, Perles (2002) enmarca la psicología jurídica como un campo de la psicología social, dados los elementos conceptuales que comparten. Sin embargo, el estudio de Páez y Soto (2004) clarifica que, si bien la psicología jurídica se fundamenta inicialmente en la psicología social, empieza a enfatizar en fenómenos jurídicos, tales como las normas y los ideales de justicia y su relación con hechos sociales, tales como la ciudadanía, la convivencia; adicionalmente, continúan estos autores, se integran elementos de la psicología clínica, tales como los instrumentos y técnicas.

Varela, Sarmiento, Puhl e Izcurdia (2005), apuntan cómo la psicología jurídica se escinde de la psicología social al definirse por sus campos de aplicación de la criminología, inicialmente cumpliendo una función de auxiliar secundario del derecho, pero posteriormente la desborda y conforma un área de la psicología relacionada con la ley y la justicia, que ya no solo se aplican test y diagnósticos, sino que se generan acciones periciales y de asesorías a las partes, ampliando así su rango de acción al estudio de los testigos, al estudio de los jueces e incluso al estudio de las conductas relacionadas con la ley, la norma y el control social, así como de las variables que implica cada uno de estos nuevos objetos de estudio.

Finalmente, Gutiérrez de Piñeres (2010) anota que la definición misma de la psicología jurídica aún no es clara, ya que no todos comparten las mismas definiciones y por tanto no es claro si es un campo de conocimiento independiente, si pertenece a otras áreas de la psicología o si es el producto de la interacción de diversas áreas psicológicas. Lo que se puede clarificar, a

partir de esta autora, es que indudablemente la psicología jurídica nace en la psicología y se desarrolla por los avances, tanto del derecho como de la psicología y por ende interviene, explica y describe aquel comportamiento que posee implicaciones jurídicas, con el fin de alcanzar y humanizar la justicia; todo lo anteriormente descrito es aplicable a la psicología jurídica, pero no a la psicología social, por lo cual se puede afirmar que en estas características reside la diferenciación de las dos y se entiende, además, el por qué esta investigación se enmarca en la psicología jurídica, ya que pretende analizar y describir el miedo al delito y la percepción de seguridad, que son eventos que poseen connotaciones jurídicas, con el fin de aportar a la construcción o perfeccionamiento de políticas públicas tendientes a disminuir la criminalidad y su impacto negativo en la población.

Victimología y criminología

Como se esbozó anteriormente, buena parte de las incursiones que se hacen desde las ciencias sociales sobre el miedo al delito se pueden entender desde la más tradicional criminología, donde el delito, su ocurrencia y sus variables son el objeto de estudio, y por ende las variables involucradas se convertirán en elementos secundarios, supeditados y limitados a explicar el crimen, e incluso a sustentar la efectividad de los agentes del estado en sus esfuerzos por reducir o combatir la delincuencia, o la medida en que el Estado actúa frente a crímenes de alto impacto (Weisburd y Eck, 2006 y Pinto, 2007); de hecho en el estudio de Páez y Soto (2004), uno de los expertos consultados identifica el origen de la psicología jurídica en el siglo XV o XVI, a partir de inquietudes respecto al crimen, el miedo que genera y la demanda de la sociedad respecto al mismo, planteando así que el entendimiento de cómo combatir, prevenir y controlar al infractor genera el surgimiento de la psicología jurídica, con un objetivo claramente criminológico.

Pero desde la victimología, Navejas (2005) afirma que es necesario reconocer que el miedo al delito y la percepción de seguridad, ya entendidos como percepción social, son un fenómeno dado en grupos humanos o sociales y por ende se predica de ellos su dimensión social, y por lo mismo se necesitan estudiarse y analizarse con nuevas metodologías; por lo tanto, se puede afirmar que el miedo al delito no depende unívocamente de situaciones, objetos y personas concretas, sino que se amplía a una percepción personal que no permite estar tranquilo, por un miedo al delito que persiste aun cuando el delito sea muy improbable; de hecho, Narváez (2009) asevera que es frecuente observar una mayor miedo al delito entre quienes no han sido víctimas directas de delitos, que entre aquellos que si lo han sido. En este sentido, el miedo al delito ha de ser entendido como una situación independiente de los niveles de criminalidad o cuando menos, ha de ser dimensionado en ámbitos más amplios que las estadísticas delincuenciales e incluir las relaciones sociales, el medio socio cultural, las prácticas sociales concretas, entre otros (Varela, 2005).

Por lo tanto es ideal proponer un acercamiento desde la victimología, como el propuesto por Morcillo (2001) dándole prioridad a las vivencias del temor, miedo, angustia y pánico provenientes del delito en la víctima, así como la re-experimentación de la situación aversiva y que puede generar aislamiento, desconfianza, inseguridad, preocupación e incertidumbre. Este cambio, de la criminología a la victimología, es necesario para poder trascender la concepción del miedo al delito como “irracional” producido en la víctima de un delito, a replantearlo como un miedo justificado, que se basa en las experiencias, recuerdos e historia de un sujeto en particular y eso lo hace no solo real, sino tangible y concreto y por lo tanto un objeto de estudio particular, tal como afirma Varela (2005). De hecho, esta autora propone la forma para mirar el fenómeno del miedo al delito como un objeto de estudio concreto, y es dejar de clasificarlo como

“racional” o “irracional” según su correspondencia con el modo en que se experimentó el delito y así tratar de dimensionarlo con su situación particular, tanto a nivel de su grupo social de apoyo, como con sus propias angustias e incertidumbres, ya que las falencias del individuo acrecientan y/o facilitan la presentación del miedo al delito.

Tejido social

Dado que lo importante es garantizar, no solo la reducción del delito, sino una mayor confianza de la comunidad, se entiende que es necesario fortalecer el tejido social para generar un menor nivel de miedo al delito, ya que un lugar peligroso no es donde se cometen delitos, sino aquel en donde se da el miedo al delito (Corraliza y Fernández, 1997 y Córdova, 2004); dicho miedo no puede ser determinado por una persona externa al medio social, ya que al ser externa al entorno estaría desconociendo la ansiedad específica de los habitantes (Wilson y Kelling, 1982). De forma análoga, se puede afirmar que la impunidad percibida por la población genera la percepción (no necesariamente valida en todos los casos, pero no por ello descartable) de que sin importar lo que se haga, los agresores nunca van a ser procesados, enjuiciados y castigados debidamente, por lo cual el Instituto Interamericano de Derechos Humanos (IIDH, 2007) lo identifica como otra forma de inducir el miedo colectivo, la inmovilidad y la apatía social.

Igualmente, Ruiz (2007) encontró que el tejido social se debe fortalecer desde sus componentes más esenciales, tales como la cultura ciudadana, generar el acatamiento de normas y la participación ciudadana, para disminuir el miedo al crimen, lo cual es igualmente resaltado por Acevedo (2009) como fundamental en el proceso de implementación de políticas públicas y, más aun, en la efectividad de las mismas, ya que la participación de la ciudadanía en estas políticas genera control en la población y pertenencia en estas acciones. Por lo tanto, se pueden identificar las causas -que no se limitan al miedo frente a ser víctima del delito, sino que incluso

abarca a las familias de las víctimas -, en la valoración del miedo, dadas las tipologías o niveles de miedo diversos, y en el afrontamiento de los miedos, respecto a las herramientas, constructos y experiencias que ayudan al sujeto a superar, disminuir o no sentir el miedo.

De hecho, algunas investigaciones, tales como la de Soto (2005) apuntan al inusitado aumento de miedo al delito, desmesurado en comparación a la tas de ocurrencia de los mismos, lo cual es atribuible, no solo a los medios, sino también al resultado del estrecho vínculo medios de comunicación-políticas de Estado; esto es: los medios masivos de comunicación al servicio, ya no de informar sino de apoyar, reivindicar o reiterar proyectos estatales. Claro está que la autora aclara que, si bien es peligrosa esta relación inter dependiente (así como la de poderosos-medios de comunicación), no se puede generalizar, ya que lo más común es ver cómo el Estado modifica sus políticas según las prioridades que se presentan en los medios (que también es grave). En palabras de Ospina (2000), cuando un Estado gobierna pensando en los intereses de los más privilegiados, se cometen tantas violaciones a las leyes que en la ciudadanía se genera la idea que violar la ley por parte de particulares no es tan grave, en comparación a los crímenes del Estado.

Así, Van Swaaningen (2005) y Colombo, Dávalos y Palavecino (2011) afirman que el papel de los políticos populistas e inmedatistas y los periodistas, quienes muchas veces utilizan el miedo como un buen generador de rating, se ven retroalimentados por un sistema económico globalizado, a la vez lo retroalimenta, pero con capacidad correctora o normativa decreciente (Palos, 1992) y una desacreditación de la administración pública, ya que se reivindican actitudes ilícitas -dando mucha cobertura a los delincuentes-, se acrecientan sentimientos de soledad e impotencia ante la injusticia, enfatizando en las ausencias presentadas por las actuales dinámicas familiares -por la necesidad de trabajar, se dificulta cada vez más compartir tiempo en familia o

darle calidad al mismo- y se crea un peligro de relacionarse con personas “desconocidas”, ya que se genera la sensación de incertidumbre frente al otro, dificultando la generación de redes sociales fuertes; esto desconoce algunos hechos, tales como los señalados por Acevedo (2009) que refiere la importancia de la interacción social. Tal como describe Ruiz (2007), el miedo al delito genera disminución en la comunicación entre las personas, un desinterés e incredulidad frente a los mecanismos de participación ciudadana, la relativización de valores, creencias y principios, falta de apego por la ciudad o territorio y finalmente la desconfianza comunitaria, todo lo cual perjudica la generación de redes de apoyo o tejido social (Soto, 2005), con lo cual se puede afirmar que el miedo al delito menoscaba las instituciones que podrían disminuir sus efectos o a paliar en algo su influencia negativa y adicionalmente, en concordancia con Winnicott (1990), el miedo puede ser uno de los factores que generen agresión, que se puede generar como un medio para generar control en medio del caos social, y esa agresión generar más miedo en la comunidad, generando así una situación que se retroalimenta constantemente, es decir, el miedo se puede entender como un cómplice del delito (Salazar, 2006) en la medida en que afecta y deteriora la manera en que las personas se relacionan con la ciudad; de hecho, los miedos infundados generan “violencias preventivas”, esto es, controlar o atacar antes a aquella persona o grupo de ellas que puedan ser perjudiciales, tal como sucede con los migrantes, bien sea de otros países o de otras ciudades consideradas como inferiores o indeseables (Córdova, 2004), llevando a esta población a zonas lejanas a la urbe, a los sitios con más privaciones y usualmente más peligrosos, reforzando así el estereotipo de su propia peligrosidad.

Otras variables a considerar

Otro hecho relevante es que el miedo al delito puede afectar a la víctima al punto de generar declaraciones poco coherentes frente al evento criminal, ya que los mecanismos de

miedo subyacente, evasiones del tema como medida de auto protección y trastornos generados por el hecho. Una vez se asume esta posibilidad, implica que, para evitar esta fuente de distorsión, se pueda ofrecer apoyo psicológico a las víctimas antes, durante y después de los eventuales procesos judiciales (IIDH, 2007), área actualmente bastante descuidada y que puede ser una fuente igualmente generadora de miedo, ya no al delito, sino de las consecuencias del delito, es decir, miedo a ser víctima de la desidia, inoperancia y negligencia asociadas a la respuesta estatal con su aparato de justicia (Centro de Estudios Legales y Sociales, CELS, 2012).

Para algunos investigadores, como Narváez (2009) es necesario ser algo más precisos, ya que considera necesario diferenciar, no solo el miedo al delito de las consecuencias físicas del delito, sino también los efectos indirectos del delito, es decir: miedo derivado del delito, el cual es diferente a los efectos producto de las ideas sobre el delito, atribuibles como producto de las percepciones y conceptos sobre delincuencia, los cuales difieren en la forma de ser abordados, pero que cumplen con las características que se han anotado hasta el momento. Así, esta autora afirma que la reducción del miedo al delito se genera mediante cambios en nuestras concepciones sobre la vida en sociedad, con campañas de cultura ciudadana a largo plazo, coincidiendo así con Ruiz (2007).

Así, una posible conclusión de estos hechos es que el miedo al delito es solo una de las múltiples representaciones de sentido del delito, es decir, no necesariamente es un efecto indirecto de los delitos, sino un elemento básico de la noción de delito que tiene cada individuo (Narváez, 2009) y adicionalmente la percepción de los eventos criminales e incluso la probabilidad de ser víctima son variables tan importantes como los hechos criminales sucedidos (Ackah, 2000), por lo cual se hace necesario trascender la noción criminológica del miedo al delito y la propuesta de política criminal para disminuir o desaparecer este miedo, que resulta

necesaria, pero insuficiente; por ello, el presente estudio se enmarca en la perspectiva de Bauman (2007) de “miedo líquido”, buscando así romper el paradigma de aprehender la realidad objetiva, como único método válido en las ciencias, ya que es necesario recordar que dicha realidad está construida por hechos variables, inespecíficos y hasta primordialmente subjetivos (Cubells, 2002) haciéndose por tanto necesario de hablar de teorías más flexibles –modernas o posmodernas, si se quiere- tales como la de *El miedo líquido*, que de cuenta de este universo de situaciones que se han venido relegando en las investigaciones tradicionales, de las cuales Birman (2000) afirma que deben mirarse con más detenimiento, ya que configuran la subjetividad moderna construida desde la reflexión que genera el contacto del individuo con su sociedad, pero con objetivos primordialmente narcisistas y explica así el paso de las sociedades más solidarias a la actual sociedad insolidaria e individualista. Vale la pena aclarar, por tanto, que el miedo líquido define la vulnerabilidad de los sujetos a una gama bastante amplia de amenazas de orden natural, social, por violencia, por sus semejantes, por los medios de comunicación y, en fin, casi todo se convertiría en amenaza potencial, como producto de la modernidad (Bauman, 2007), e igualmente de las emergentes necesidades de control social, simbólico y mediático, ya que cada esfera tiene sus códigos e implica ciertas conductas para mantener, en la medida de lo posible, un cierto orden y control (Azaola y Ruiz, 2010). Esto implica, necesariamente, comprender que la modernidad presenta diversas características, de entre las cuales se destacan las sociales, tales como la falta de criterios generales aceptados respecto a los actos institucionales, dado que se reemplazan las políticas de estado por políticas de gobierno, el creciente déficit de valores y conceptos aglutinantes en las naciones, una marcada tendencia al individualismo y la falta de participación ciudadana en los espacios de vida política (Vásquez, 2005 y Pinto, 2007).

Por lo tanto, para que los factores determinantes no sean centrados en el crimen como tal, sino redirigir el esfuerzo a la víctima, en consonancia con la tendencia de la justicia restaurativa; así, no se parte de los esfuerzos oficiales por acabar la delincuencia, sino más bien, se parte de la necesidad de la comunidad que puede ver satisfechas sus necesidades, lo cual viene siendo la percepción de seguridad propiamente dicha, o aun deficientes en algunos campos, que se puede entender como miedo al delito. Y desde esta perspectiva, Weisburd y Eck, (2006) postulan que, según los estudios, algunas medidas son más efectivas que otras no solo para controlar el delito, sino para reducir el miedo al delito; así, recomiendan una mayor presencia de policías en pequeñas zonas geográficas, realizar aleatoriamente patrullajes en dichas zonas, atendiendo rápidamente las llamadas de las personas, haciendo un seguimiento integral a las denuncias de delitos y logrando que la aplicación de la ley sea justa y equitativa para todos. A este tipo de propuestas, basadas en el aumento de la presencia de agentes de la ley y medidas similares, Van Swaaningen (2005) les llama “política criminal de placebo”, dado que establece la efectividad de las mismas se debe a una serie de acciones que generan sensación de control y orden que pueden resultar ficticios. Pese a esta fuerte crítica, diversos autores como Peña (2005), Ruiz (2007), Páez (2009), Narváez (2009), Soto y cols. (2013), entre otros, han puesto de presente la importancia de las percepciones sociales a la hora de determinar la efectividad de las políticas criminales y el impacto de las mismas, así como en el estudio del miedo al delito y la percepción de seguridad.

Miedo al delito

Se hace necesario acotar aquí que las estrategias, propuestas o acciones tendientes a disminuir no solo los eventos delictivos sino también el miedo al delito y mejorar la percepción de seguridad, atienden a las características particulares de cada grupo social en que se pretende instaurarlas. Por lo anterior, la disminución del miedo al delito implica atender no solo a los

delitos como tal, sino también a factores, eminentemente sociales, entre los que se destaca el tejido social como factor de protección y preventivo frente a dicho miedo (Varela, 2005). Dado que es un fenómeno influido por otras variables, difiere de la simple inseguridad en aspectos concretos, tales como el número de personas afectadas y las consecuencias mismas; así, Banister y Fife (2001) afirman que el miedo al delito es más generalizable en la población que la inseguridad producida por la criminalidad y que de hecho sus consecuencias pueden ser mayores, tanto en cantidad como en cualidad, esto es: más consecuencias y más graves; tal como afirma Monteleone (2009), este miedo puede afectar a la víctima y su familia durante años, impidiéndoles actuar en diversos ámbitos, llegando a generalizarse y arraigándose a tal punto que genera distorsiones cognitivas y pre conceptos negativos frente a espacios y personas que no necesariamente generan un peligro real, tal como ejemplifican Wilson y Kelling (1982) al identificar como fuente de miedo al delito los grupos de gente indisciplinada, es decir, que está al margen del cabal cumplimiento de las normas, que no necesariamente es violenta o delincuente tales como personas mendigos, borrachos, adictos, adolescentes ruidosos, prostitutas, vagabundos y personas mentalmente perturbadas; de entre dichos grupos, destacan en nuestro continente los migrantes y más aun aquellos indocumentados, ya que las condiciones de inequidad y desigualdad de toda América ha generado esta población, marginada, estigmatizada y tradicionalmente desatendida (Córdova, 2004).

Así mismo, se pueden identificar propuestas para la reducción del miedo al delito y aumentar así la percepción de seguridad; una de dichas propuestas es la vigilancia enfocada en problemas, es decir: la atención de la comunidad y las fuerzas policiales a situaciones concretas, dirigidas a solucionar situaciones específicas de crímenes o eventos ilegales, suelen redundar en un menor miedo al delito (Weisburd y Eck, 2006), ya que esta estrategia evidencia una notable

disminución de las conductas delictivas, pero también reduce el miedo. Esto va en consonancia con la idea de atender, no solo al componente criminológico del tratamiento al delito, sino también apuntarle a los aspectos más sociales que incluyen al ciudadano que se siente víctima potencial o que de hecho ya ha sido victimizada. Otro aspecto importante es explicitado por el IIDH (2007), en el sentido que el miedo al delito se puede asignar socialmente, cuando se integra a la identidad y rasgos de las comunidades, generando que éstas arraiguen un miedo social, tanto frente al Estado, como frente a su propia comunidad.

Otra forma efectiva de reducir el miedo al delito es generando estrategias de seguridad que impliquen la relación constante y fluida entre la comunidad y los agentes del orden, tal como proponen Colombo, Dávalos y Palavecino (2011) al integrar los agentes policiales a las comunidades en que trabajan, para que se le pierda el miedo a la policía y disminuir tanto el miedo al delito como el miedo por desconocimiento a los agentes policiales. Esto, no solo para disminuir la delincuencia, sino que mejora las relaciones de la comunidad y dimensiona la labor de la policía para generar una red social más fuerte; de hecho, algunos estudios referidos por Weisburd y Eck, (2006) aseguran que la interacción con la comunidad mejora el trato que los agentes le dan a las personas y a su vez, este mejor trato se correlaciona positivamente con un mayor cumplimiento de las normas, por parte de los habitantes de un territorio; esto, teniendo en cuenta que no existe un único modelo exitoso o una única forma de implementar estrategias en función de disminuir el miedo al delito (Acevedo, 2009), reivindicando así la necesidad de hacer estudios y análisis previos del contexto y la múltiple implicación de las variables que se presentan en cada comunidad en particular.

Los nuevos paradigmas sociales, la tecnología y la nueva forma de entender las relaciones sociales (que ahora pueden ser virtuales y a distancia) ha generado diversos efectos. En el campo

del miedo al delito, Varela (2005) afirma que esto ha implicado que los medios de comunicación sean más inmediatos y por ello, muchas veces menos cuidadosos con la información y por ello, generen un miedo implícito al delito y en ocasiones se utiliza como una forma de controlar y someter generando miedo al delito (Salazar, 2006), fomentando el silencio por parte de las victimase incluso desvinculaciones, indecisiones, temores y dudas tanto de si mismo, como de su grupo social (IIDH, 2007). Esto explicaría por qué las estadísticas de personas que temen a un lugar, personas o situaciones que consideran peligrosos, exceden con creces las posibles víctimas directas y testigos; por lo tanto, todas estas personas tuvieron que acceder por los medios a un tipo de información que, sin ser experimentada directamente por las personas, genera cambios conductuales y de hábitos en la población, dirigidos a garantizar la seguridad e integridad personales (Narváez, 2009), aunque inmediatamente se genera el interrogante de cuán veraz es la información que producen los medios.

Medición

En este punto es necesario atender a las mediciones del miedo al delito, ya que las personas que más se exponen a situaciones de riesgo (tales como los adolescentes) suelen reportar bajos niveles de miedo, en tanto que poblaciones menos expuestas (como los adultos mayores) suelen tener relatos de miedo al delito (Varela, 2005 y Narváez 2009) y en ese sentido puede resultar más efectivo centrar los esfuerzos en minimizar los riesgos a afrontar que hacer programas para cada grupo poblacional, es decir, se debe interpretar este fenómeno pensando que los adolescentes sufren más victimización que los adultos mayores, no por ser un objetivo más fácil o rentable sino porque transitan más en la calle (Wilson y Kelling, 1982).

Visto este panorama es necesario considerar adicionalmente las recomendaciones de Vozmediano, San Juan y Vergara (2008) respecto a que las mediciones de estos temas pueden

presentar una variable de error o distractora a la hora de interpretar los datos cuando se tiene un marco teórico muy difuso o demasiado extenso que puede incluso resultar contradictorio como sustento teórico, ya que se recogen solo fragmentos que convenientemente apoyan una parte de los resultados. Para evitar esto, lo que se recomienda es basarse en una sola teoría, por lo cual se optó en este estudio por buscar aquella teoría que más recogiera conceptos y que permitiera interpretar y definir el miedo al delito y las categorías emergentes frente al fenómeno del miedo al delito y la percepción de seguridad; la teoría seleccionada fue la de *El miedo líquido* de Bauman (2007) ya que, tal como se mostrará posteriormente, cubre y explica suficientemente los fenómenos de percepción de seguridad y miedo al delito, con la ventaja de ser una explicación procedente de un solo marco referencial, evitando así la fragmentación de las fuentes que se acaba de mencionar.

Desde una perspectiva histórica, se hace necesario referenciar los hitos más destacados en la medición de miedo al delito o percepción de seguridad; uno de dichos estudios referenciales han sido las investigaciones de Skogan, ya que fue quien primero apuntó a estos fenómenos con una mirada victimológica; en particular, el trabajo de Skogan y Maxfield (1981) es el más reconocido por esta razón.

Niño y colaboradores (1998), realizado en Bogotá, durante el cual se buscó interrelacionar características típicamente urbanas a las conductas de los habitantes de la capital tendientes a evitar o afrontar situaciones peligrosas, caracterizándose así como un estudio referido a la falta de seguridad, es decir, tendiente a buscar la percepción de inseguridad en los participantes.

La investigación de Silva (2003) se enmarca en aplicar una metodología tendiente a encontrar las similitudes entre las concepciones de variables de seguridad en 13 ciudades

(Asunción, Barcelona, Bogotá, Buenos aires, Caracas, Ciudad de Panamá, Ciudad de México, La Paz, Lima, Montevideo, Quito, Santiago y Sao Paulo), de los cuales salen igual número de documentos, correspondiéndole a Bogotá el de “Bogotá imaginada”, en el cual se consignan características de la ciudad que refieren a la percepción de seguridad y miedo al delito, tales como las rutinas y horarios seguros o inseguros, y pese a hacer énfasis en las percepciones sociales de los habitantes, se enfoca hacia aquellas percepciones sociales comunes con las otras ciudades estudiadas.

Rodríguez (2005) hace una recopilación teórica referente al miedo al delito, pero su premisa es hablar de una percepción de inseguridad, lo cual no suele utilizarse, ya que resulta evidente que en los espacios en que el ser humano habita, encuentra tanto espacios propicios para su desarrollo integral como otros espacios que atentan contra su bienestar, pero prevalecen los primeros, por lo cual se suele hablar de percepción de seguridad y, ocasionalmente, se puede hablar de lo contrario como un recurso académico, pero no como evento central, ya que eso sería volver a una mirada meramente instrumental o criminológica.

Peña (2005) Trabaja específicamente en una investigación sobre el miedo al delito, pero lo enmarca como estudio exploratorio, lo cual no es del todo preciso, ya que se pueden hallar investigaciones previas sobre el tema y adicionalmente no utiliza una fuente teórica principal, es decir, toma muchos constructos de diversos autores, generando así una variable de error, tal como advierten Vozmediano, San Juan y Vergara (2008).

Restrepo, Moreno y Villegas (2006) hacen su estudio, intentando explorar las percepciones sociales de la ciudadanía bogotana respecto a los últimos alcaldes y las medidas que se tomaron para la disminución de la criminalidad en la ciudad, así como su impacto en el miedo al delito; sin bien logran evitar la politización de la inseguridad descrita por Dávalos y

Palavecino (2011), se refiere a un objetivo muy específico y eso limita un poco la generalización de sus resultados. Se destaca además que su población objeto fueron los universitarios, siendo así la única de las investigaciones referenciadas que especificaron algún rango de edad.

Vilalta (2010) realizó una investigación sobre miedo al delito en México, cuyo principal objetivo fue determinar sugerencias para cambios en la política pública de seguridad y así disminuir, no solo la criminalidad reportada, sino también aquella que no lo es y el miedo al delito como tal. De sus conclusiones destaca que la influencia de los medios en el aumento del miedo al delito disminuye cuando las personas son conscientes de dicha influencia; además recomiendan acercar la policía a la comunidad, obviamente disminuir la criminalidad, el desorden estructural no afecta al miedo al delito de esta comunidad mexicana, entre otros.

San Martín (2012) centró su estudio en las representaciones sociales sobre percepción de seguridad y miedo al delito en una comuna chilena, para determinar así los parámetros y variables sociales que dicha comunidad mantiene para sentirse más seguros y disminuir la incidencia de la delincuencia en esta comunidad específica, lo cual plantea un estudio bastante completo, cuyos resultados se circunscriben a esta comunidad.

Foster y Giles-Corti (2008) presentan en su investigación algunas de las críticas a la medición de la percepción de seguridad, principalmente refiriendo que la medición de algo como las percepciones sociales no refiere a una variable discreta o comparable y por lo tanto se perdería validez al pretender medirlo; sin embargo, vale la pena acotar que aun no está dirimida la discusión si es válido o no medir la percepción de seguridad ya que en la comunidad científica hay tanto defensores como detractores de la posibilidad de hacer estas mediciones; en ese sentido, Ruiz (2010) acota que los estudios respecto presentan consistencia interna y externa, por lo cual mostraría que la percepción de seguridad es medible y al respecto Rada (2006) menciona

la presencia de algunas características en este tipo de investigaciones, tales como la confirmabilidad -definida como la posibilidad de evitar la influencia del investigador en los resultados- y la credibilidad -entendida como el reconocimiento y aceptación de los resultados por parte del grupo participante como muestra-, lo cual permitiría hablar de una investigación cualitativa rigurosa.

Así mismo, se destaca el esfuerzo realizado por la CCB desde 1996 hasta la actualidad, para realizar su “encuesta de percepción y victimización de Bogotá”, que ha variado y perfeccionado desde su metodología hasta los módulos que conforman la entrevista. Entre los logros que han obtenido, se encuentra el certificado de calidad técnica otorgado por el Centro internacional para la prevención de la criminalidad; dados los recursos con que cuentan y el esfuerzo que han hecho a lo largo de esos años, se puede acceder a los resultados en su página de internet <http://camara.ccb.org.co/> y toca temas como victimización, percepción, institucionalidad y servicio de policía.

En cuanto a la pertinencia del miedo líquido de Bauman (2007) como un marco teórico suficiente para hablar de miedo al delito y percepción de seguridad, se puede referenciar el estudio comparativo de teorías frente a estos temas realizado por Soto y cols. (2013), donde se hace una revisión más detallada de las teorías, tanto criminológicas como victimológicas, de la que se puede recopilar en el presente trabajo.

Percepción de seguridad

Tradicionalmente por oposición a la definición de miedo, se entiende el concepto de estar seguro, como el goce de la privacidad en un hogar o familia, sin temer un asalto e igualmente circular tranquilamente en las calles sin la incertidumbre de un posible robo o agresión (PNUD, 1998); aun así la búsqueda de esta seguridad puede generar, a su vez, fenómenos urbanos tales

como la privatización de lo público o de los espacios abiertos, como búsqueda última de una percepción de seguridad e incluso la utilización diferente de los espacios urbanos ante problemáticas nuevas, es decir: esquemas de seguridad, escoltas, rutas de escape, blindajes y demás para defenderse de secuestros, amenazas, asesinatos, más acres, etc. (Mollá, 2005 y Acevedo, 2008). Adicionalmente, es necesario recalcar que la estimación de algo como peligroso o no, así como la forma en que el sujeto activa sus defensas psicológicas para defenderse de dicho peligro son identificados como evidencia de las emociones asociadas a los conflictos psíquicos surgidos en eventos criminales, que se generan al interior del sujeto, pero se proyectan al exterior del sujeto y por tanto media y afecta sus relaciones y representaciones que a partir del hecho criminal quedan supeditadas a sus emociones, principalmente al miedo (Echeverri y Maca, 2006). E igualmente es importante la claridad hecha por el IIDH, (2007) respecto al sentido de seguridad se pierde en la población cuando se siente vulnerable, generando así un miedo en varios miembros de una comunidad, acompañado de un cierto nivel de desconfianza, la cual es atribuida por las personas a la falta de presencia, efectividad y/o diligencia de los miembros de la fuerza pública.

Lo anterior significa que el miedo al otro refleja o consolida muchos tipos de incertidumbres e inseguridades, provenientes de ámbitos como la falta de vínculos sociales fuertes, falta o debilidad de sentimientos de pertenencia y comunidad, entre otros, que se pueden resumir en una incapacidad para percibir un orden social establecido (PNUD, 1998), tal como anota Lechner (2003) quien refiere el miedo al otro como consecuencia del deterioro en las relaciones sociales, la falta de sentido de pertenencia en la comunidad y en últimas, como producto del desconocimiento del orden imperante, bien sea por comodidad o por obligación; de hecho, Acevedo (2008) pone de presente que la percepción de seguridad se ve reflejada por la

forma en que una sociedad acerca la seguridad social a las poblaciones más vulnerables. Dentro de estas poblaciones vulnerables, se destacan los migrantes, ya que en la dinámica social contemporánea, el miedo al otro suele provenir de las percepciones sociales frente a comunidades tan variadas como los inmigrantes o los grupos generacionales más distantes al observador (Palos, 1992). En el mismo sentido, la Sociedad John Howard de Alberta (1999) señala algunos factores de riesgo, que predisponen a una maximización de la sensación de miedo al delito, tales como un bajo control sobre las decisiones importantes de la propia vida, la pérdida de personas cercanas tales como la familia y los amigos y atmósferas de violencia, miedo y desconfianza generadas en el medio social del sujeto. Dichas situaciones han de ser consideradas, idealmente, en los programas de reducción de la delincuencia, para disminuir no solo el factor objetivo que se representaría mediante las estadísticas de ocurrencia de crímenes, sino también el factor subjetivo, que representaría la sensación colectiva de miedo al delito. Por esto, tanto Narváez (2009) como Rodríguez (2008) aclaran que el mismo rol de la familia puede reducir el miedo al delito, ya que muchas de las percepciones sociales de miedo o ausencia del mismo se aprenden fácilmente por la interacción social, tales como la tolerancia o miedo a la diferencia, el uso o no uso de espacios públicos, entre otros. Finalmente, Azaola y Ruiz (2010) acotan que el hecho de pertenecer a grupos sociales -v.g. las tribus urbanas- puede ser otro factor de riesgo para ser víctima, ya que al romper los códigos y reglas que se establecen en los grupos, y cuando dichos grupos cometen actos delictivos o que quebrantan las normas, es posible que se aplique a aquellos que se separen del grupo o que no cumplan con sus normas, una serie de acciones que las tornan en víctimas de su propio grupo (o de aquel al que ya quieren pertenecer, según sea el caso).

Una vez explicitadas las variables implicadas en los conceptos de miedo al delito y percepción de seguridad, así como los problemas más frecuentemente encontrados en su medición, corresponde hacer la explicación de la teoría seleccionada como marco referencial teórico de la presente investigación, para tener mayor claridad en los resultados; es así como a continuación se hará un resumen de los postulados del “Miedo líquido” (Bauman, 2007).

Miedo líquido

Este postulado, así como otros aportes de su autor, dan cuenta de una realidad social contemporánea, una de cuyas características es la rapidez e indeterminación de las relaciones sociales (Bauman, 2007 y Pinto, 2007); esto es, aceptando que el cambio permanente de las condiciones, la globalización de las sociedades y la presencia permanente del conflicto, ya no entendido como algo negativo o desviado, sino como parte constitutiva de la sociedad y que por tanto esta realidad social exige ser analizada desde una teoría social contemporánea (Baratta, 2004).

La exposición del concepto de *liquidez* y por tanto del libro *El miedo líquido*, inicia con establecer una diferencia entre saber que el mundo es temible y vivir con miedo, ya que no puede ser una opción sana el tener miedo todo el tiempo; por ello, postula que la sociedad es una herramienta para superar los miedos y que es efectiva, en tanto se siga teniendo presente que el mundo puede ser amenazante, pero que vivir con miedo no es la solución. Así, este autor concuerda con Acevedo (2009) frente al papel de la sociedad incluso como elemento crítico y fundamental en la implementación de políticas de prevención del delito, mostrando mayor efectividad aquellas centradas en enfoque de tipo territorial, con su respectivo soporte institucional. Lo que aporta la sociedad para que un sujeto no se paralice ante el miedo es que va mostrando a las personas que la vida fluye de un desafío al otro, pero ninguno es permanente, ya

que en la modernidad todo es efímero y extremadamente dinámico en todos sus componentes, incluidas las relaciones sociales y los sistemas en que se dan dichas relaciones; dado que el delito se encarna en ello, su dinámica también es de cambio permanente (Bauman, 2007 y Vásquez, 2005).

Se puede así mismo indicar que Bauman (2007) entiende el miedo como incertidumbre, en tanto se desconoce con precisión la amenaza y además se ignora cabalmente cómo se puede reaccionar para detenerlo o combatirlo (que son características del miedo al delito). Así mismo, explicita la presencia de un miedo secundario, definido como el remanente de experiencias pasadas, que afecta la conducta humana aun cuando ya no esté presente la amenaza a la vida o integridad; dicho miedo difuso hace que una persona reaccione “como si” hubiese peligro inminente, pero explicado desde la susceptibilidad al peligro, que es precisamente como se entiende el miedo al delito.

Bauman (2007) afirma que otro medio efectivo para disminuir miedos es verlos como riesgos (es decir: algo inaceptablemente costoso, que puede acercarnos a antiguos peligros o provocar otros nuevos), pero como así suelen ser muchas de las decisiones importantes en la vida, se aprende a considerar o sopesar los efectos secundarios o daños colaterales de las decisiones, y al aceptar las consecuencias, se puede seguir adelante en la vida. En ese sentido, concuerda con Kalinski (2004) al plantear situaciones particulares y atribuibles a ciertos grupos poblacionales, tales como las diferencias entre percepciones sociales y motivaciones de hombres y mujeres, lo cual aplica tanto en las víctimas como en los victimarios. De hecho, se plantea que cuando un sujeto no puede tomar una decisión, genera o siente un miedo, e incluso es posible acepte efectos que no se pueden prever y aun así procede a actuar, tomando una decisión que

suele diferir por géneros, donde hombres confrontan más usualmente y mujeres tienden a evitar situaciones riesgosa.

Se le llama líquido a este miedo, por ser indeterminable y no atribuible a un evento o desencadenante particular, es difuso y efímero y parece ir llenando todo espacio que se le brinde en las ideaciones y pre conceptos del sujeto; adicionalmente, se alimenta de la sensación de impotencia que genera, la cual se va instaurando en el espacio que existe entre las amenazas de las que emanan los miedos y las respuestas que intenta la persona, por lo cual es difícil enfrentar los miedos y se van haciendo difusos o líquidos., ante lo cual se puede minimizar el miedo mediante la contención (Pinto, 2007). Análogamente, al miedo líquido personal se opone la búsqueda de la felicidad, que adicionalmente es una de las características definitorias de la modernidad, la cual impulsa a la persona a verse libre de inconvenientes y/o incomodidades (Bauman, 2007).

Continúa el autor afirmando que esta situación está enmarcada en la interacción social, ya que los otros son fuentes de amenaza, vaga y difusa que no nos transmite seguridad y protección, principalmente porque se ha mostrado, cada vez más intensamente, hasta dónde puede llegarla maldad humana; por ello ya no se espera solidaridad de los demás y en cambio de ello, se busca mantener las distancias. Esa es la crisis de la confianza moderna, la cual lleva incluso al desconocimiento de la ley; pero aun así, parece subyacer una necesidad de buscar a otras personas para contar con un grupo de apoyo, demostrando que el ser humano necesita y desea vínculos sólidos fiables. Por ello, San Juan, Vozmediano y Vergara (2009) explicitan que la tendencia actual es a compensar la falta de calidad de las relaciones personales que se pueden establecer actualmente, por la cantidad de relaciones superficiales que ofrecen las redes sociales virtuales, lo cual, a su vez, ya había sido expuesto por Bauman (2007) al afirmar que las

relaciones establecidas en la modernidad difícilmente se fortalecen, los miedos no desaparecen y ahora es más seguro huir de los problemas que afrontarlos bien sea por costo beneficio, por falta de tiempo, por acumulación de ansiedad, entre otros (Bauman, 2007).

Otro postulado interesante de *El miedo líquido* de Bauman (2007), que a su vez se compagina con lo hallado por Acevedo (2008), es la identificación de la pobreza como factor de miedo ya que, históricamente hablando, nunca ha habido un abismo tan grande entre los remedios a disposición de los ricos y las escasas alternativas que se le ofrecen a los pobres. Esto genera una redistribución social de los miedos y no la reducción de su volumen, tendiendo a acumularse en los más necesitados y a aplazarse o diferirse en los más poderosos, hallándose que incluso ante una presentación heterogénea de la criminalidad y la delincuencia, la forma en que se vive y se percibe el hecho es muy heterogénea y distribuida desigualmente entre ricos y pobres. Esto sucede porque el hombre de la modernidad no desarrolló la moral a la par de la tecnología y así no puede ver las consecuencias de las acciones como parte de las variables a considerar antes de actuar (Bauman, 2007); por ello, esta teoría también pretende entender el miedo al delito como algo más allá del derivado de la criminalidad y se enmarca en el cambio de paradigmas sociales, que pueden partir desde la moral y el desarrollo de la misma, o bien desde el fortalecimiento de las relaciones inter personales e incluso con la disminución de las brechas entre ricos y pobres, ya que el acceso a mecanismos y herramientas de seguridad social es mayor en aquellas poblaciones con buena capacidad económica -al menos en buena parte del mundo occidental- y se genera así la percepción de poder salir más rápidamente y con menos daños gracias al acceso a estas herramientas y para la población más marginadas se incrementa el miedo al delito, por sus consecuencias más devastadoras y, si se quiere, más incapacitantes (Acevedo, 2008).

Por otra parte, Bauman (2007) afirma que un planeta globalizado, la cual es una tendencia que él anota como parte de la modernidad, genera sociedades “abiertas a la fuerza”, esto es, un planeta donde es impensable que un país tenga seguridad independientemente de la situación de los demás, porque todas las personas serían, cuando menos probablemente, peligrosas para las demás personas y por ende, todas están en peligro, porque no hay ninguna actuación individual que no afecte a su entorno y pueda interferir con intereses ajenos. Así mismo, Martínez (2008) anota que para Latinoamérica en general, este proceso de apertura se da especialmente centrado en una serie de necesidades análogas de las cuales se infiere una necesidad de seguridad más externa que interna, ya que los nuevos escenarios políticos de la región tienden a la integración regional, principalmente porque los presupuestos de los países latinoamericanos, incluida por supuesto Colombia, no poseen presupuesto para equipararse con la defensa exterior de países de otras regiones. Esto complica las acciones para disminuir el miedo, genera una tendencia a buscar soluciones rápidas, no tratamientos de fondo y por tanto resulta molesta cualquier solución que no sea rápida.

Sin embargo, Bauman (2007) reconoce que un individuo ingresa a un colectivo para adquirir certezas y respuestas, básicamente en dos esferas: presencia/ausencia de confianza en uno mismo, que sería la percepción de seguridad, y el estar resguardado/expuesto a amenazas en la propia persona y sus extensiones, entendida como la necesidad de protección. Esto es, reconoce el autor que algunos miedos, no solo se derivan como resultado de una amenaza, sino que existe un ámbito en el cual los conceptos, ideas y constructos pueden generar por sí mismos conductas de protección o evitación; este razonamiento es homologable con la postura de algunos autores como Deutsch (2007), Gómez (2007), Rodríguez (2008) y Páez (2009), entre otros, quienes entienden el miedo al delito desde una perspectiva más amplia, victimológica si se

quiere, que explica, describe y analiza este miedo al delito y la percepción de seguridad como parte de un amplio contexto donde la seguridad deja de ser la sola fatla de presentación de hechos delincuenciales y plantean un desarrollo integral como verdadera significación de la seguridad.

Finalmente, el texto de Bauman (2007) recuerda que en la modernidad existe la tendencia a protegerse contra todo peligro visible o invisible con medios como celadores, vitaminas, medicinas, muros de protección, cámaras de seguridad, defensa personal, entre otros, pero esto acrecienta la sensación de desorden, la cual bien puede ser incluida en el miedo al delito, porque las acciones defensivas de una persona motivan las acciones defensivas en los demás, generando así la zozobra y falta de seguridad integral que se instaura e un sujeto temeroso de su entorno. Y de esa inseguridad y miedo se nutren los medios y los poderes económicos y políticos, ya que si bien existe delincuencia, normalmente se le suele medir por la extensión e intensidad con que es publicitada en los medios.

La importancia de estos postulados, a la hora de estudiar el miedo al delito, es que parte de la incertidumbre como forma de contrarrestar el control derivado del miedo, y por ello se aproxima más a la victimología que a la criminología. Se propone a la sociedad como factor de protección y hace énfasis en la necesidad de cambiar paradigmas sociales, que trasciendan el miedo directamente derivado del crimen, e incluyendo por tanto variables como la evaluación que hace una comunidad de la satisfacción de sus necesidades. Ello puede contribuir, por tanto, a disminuir efectivamente en el miedo y llegar a la satisfacción y tranquilidad, ya que implica ir más allá de la presencia de agentes del orden y llega hasta la satisfacción integral de necesidades, lo cual brinda seguridad en el entorno, en el estado y en las demás personas, lo cual consecuentemente disminuye los miedos, incluido el miedo al delito; es decir: en una sola teoría

-la de Bauman (2007) del *miedo líquido*- se compilan los postulados más importantes que han replanteado en el estudio actual del miedo al delito y la percepción de seguridad.

Efectos físicos y psicológicos

Winnicot (1990) aclara que, respecto a las consecuencias, no se trata de descartar el daño físico (que igualmente se entrelaza con el componente psicológico, tal como se describe en el documento del Ministerio de salud de Colombia, 1999, donde se habla de la manipulación de una víctima mediante el miedo y la degradación previos o concomitantes con la agresión), los problemas psicológicos subyacentes a un evento traumático requieren una atención particular; y en ese sentido, recuerda que la unidad familiar, así como el apoyo y fundamentos que provee le brindan a las personas una seguridad que fortalece su desarrollo emocional, su personalidad y su carácter, generando así un repertorio de elementos protectores ante las posibles dificultades futuras, tales como el miedo al delito. De lo anterior se concluye que no necesariamente el miedo conlleva a una patología, pero sí que las enfermedades asociadas con estrés, ansiedad y miedo depende de las capacidades de cada persona para adaptarse (Juárez, 2004).

Por lo tanto, es válido afirmar que el miedo al delito puede ser muy grande si el evento vivido, presenciado o escuchado es demasiado violento o fuera de los límites de tolerancia de la persona y de hecho alimentarse de la re experimentación de los hechos, presentar imágenes intrusivas que evoquen el hecho y la sensación negativa asociada a él, que puede incluso llevar a la persona a necesitar algún tipo de ayuda psicológica o psiquiátrica (Deutsch, 2007). En cuanto al proceso de recordación, Easterbrook (1959) señala que la emoción del momento en que se vive un evento funge como un factor que filtra o selecciona algunos estímulos por sobre otros, afirmando como ejemplo que a mayor violencia del hecho se le asocia una menor capacidad de adquisición, ya que centraliza la atención y dificulta abstraer datos de la generalidad del suceso.

Ante ello, Marchiori (1997) señala uno de las consecuencias más extremas provenientes de la re-experimentación y demás efector ya explicados, esto es, el aislamiento, producto de la intensificación de la angustia y el estrés vividos por la víctima.

Un proceso homólogo al anteriormente descrito, respecto a los efectos psicológicos en la víctimas a partir de la recordación o evocación de los hechos, es aquel que se presenta respecto a la evolución y presentación del estrés y el miedo posterior al delito (Juárez, 2004). Por ello, el IIDH (2007) recuerda que el miedo al delito se genera porque el crimen puede provocar un caos tanto externo como interno, y generar alteraciones en la temporalidad de la memoria, lo cual a su vez genera que la persona no pueda recuperar, transmitir o comunicarlo vivido de forma creíble, ante lo cual Juárez (2004) hace énfasis en la necesidad de distinguir los productos del miedo de las mentiras, que son generadas voluntariamente; adicionalmente, existen víctimas que temen efectivamente por un nuevo ataque de sus agresores (Ministerio de Salud, 1999).

Ciclo vital

Como ya se ha dicho, existen ciertas diferencias en la percepción de seguridad y el miedo al delito, que son atribuibles a determinados ciclos vitales, tales como la tendencia de los adolescentes a minimizar la posibilidad de sufrir daños, especialmente en la calle, pese a que por su ritmo de vida suelen estar mucho más expuestos que los demás ciclos vitales, en general (Varela, 2005 y Narváez 2009). Y se define la “adolescencia” en consonancia con la política distrital de infancia y adolescencia (Departamento administrativo de bienestar social DABS, 2004), a las políticas públicas y planeación en infancia y adolescencia en el país (Ministerio de la protección social de Colombia, 2008), al código civil colombiano en su artículo 34 (respecto a los términos para denominar la edad de las personas) y a la ley 1098 de 2006 conocida como ley

de infancia y adolescencia, donde adolescentes son las personas entre los 13 y los 18 años de edad, los cuales son sujetos titulares de derecho.

Definiciones

Finalmente, vale la pena enfatizar que se pueden apreciar en el presente texto dos conceptos presentados reiterativamente: “miedo al delito” y “percepción de seguridad”, por lo cual se hace necesario precisarlos. una vez definidos estos conceptos y considerando las implicaciones del miedo al delito, la categoría de percepción de seguridad, la necesidad de entender estos fenómenos más allá de la exposición directa al delito y habiendo delimitado un ciclo vital en particular, se puede decir que la población seleccionada -esto es los adolescentes- ha estado sistemáticamente excluida de las mediciones de miedo al delito y percepción de seguridad, e igualmente se destaca que muchas de las investigaciones basan sus análisis o sus diseños en diversas teorías, generando así posibles distorsiones en los datos hallados; más aun, dado el carácter particular de todas las variables inherentes a estos fenómenos implica necesariamente que muchos de los aspectos críticos refieran a las percepciones sociales, cogniciones y apreciaciones de cada miembro de la comunidad; es así como se evidencia la necesidad de enfocar la investigación en la población de adolescentes, que tradicionalmente está excluida de este tipo de investigaciones; en ese sentido, se justifica la presente investigación como una forma de presentarle a este grupo poblacional la importancia del tejido social para generar procesos de reflexión y toma de conciencia de algunas variables importantes para disminuir la delincuencia, que les permita tener medidas de control útiles en su medio social, bien sea para incidir directamente en dichas variables o para evaluar críticamente y proponer mejoras en las políticas oficiales de disminución. Para ello, esta investigación buscó agrupar las

percepciones sociales dadas por adolescentes escolarizados a lugares de su localidad, en términos de miedo al delito.

Objetivos

Objetivo general

Identificar las percepciones sociales de los estudiantes adolescentes del colegio Antonio José de Sucre, específicamente frente a percepción de seguridad y miedo al delito.

Objetivos específicos

Realizar un análisis de datos textuales para hallar relaciones en las percepciones sociales de peligro o de seguridad dada a los lugares identificados como relevantes en la localidad de Puente Aranda.

Comparar los resultados de la investigación con las cifras de los observatorios de seguridad en Bogotá, de la Cámara de Comercio de Bogotá y la fundación Arcoiris.

Contextualizar las percepciones sociales de miedo o seguridad en categorías que respondan teóricamente a la teoría de “miedo líquido” de Bauman (2007).

Realizar una tipología de lugares percibidos socialmente como peligrosos por los participantes, a partir de las percepciones sociales que reporten de lugares significativos en su vida diaria.

Método

Tipo de investigación y diseño

Como método se utilizó un enfoque cualitativo, ya que permite aproximarse a las percepciones sociales de los participantes gracias a sus características, tales como extraer los significados directamente de los datos, atiende a las particularidades del grupo seleccionado ya que no es prioritario estandarizar para replicar, permite contextualizar muy bien los fenómenos estudiados y obtiene buenos resultados en análisis de realidades subjetivas (Hernández, Fernández-Collado y Baptista, 2006); adicionalmente, mediante esta metodología se logra presentar y determinar diversas percepciones tanto individuales como sociales, así como algunas variables que afectan en el miedo al delito, tales como la iluminación, la cantidad de personas que transitan por un lugar, el nivel de interacción que se tenga con las personas o lugares descritos, entre otros; una vez allegada esta información se podrá establecer la tipología de los lugares considerados peligrosos por los participantes, que es el objetivo de la presente investigación.

De acuerdo a Suárez, del Moral y González (2013) un aspecto importante a considerar en las investigaciones cualitativas como la presente, es garantizar los criterios de validez, que son diferentes para aquellas investigaciones con enfoque cuantitativo. Por tanto, se nombran como necesarios tres aspectos: Significatividad de los datos, suficiencia de los datos y alcance del análisis y finalmente transparencia y replicabilidad del análisis.

La significatividad de los datos refiere a la importancia de los datos obtenidos; en el caso de la presente investigación, se buscó un grupo de estudiantes debido a que el enfoque tradicional de las investigaciones de miedo al delito y percepción de seguridad se ubican en adultos o poblaciones económicamente activas; adicionalmente, esta población se encuentra

escolarizada, es decir, existe un contexto -el escolar- que facilita los cambios y aprendizajes, por lo cual propender por un fortalecimiento de las redes sociales como factor protector frente a la delincuencia, tendiente a disminuir el miedo al delito y la percepción de seguridad, puede tener una mayor incidencia que en otras poblaciones. Adicionalmente, el trabajo con análisis estadístico de datos textuales, como el realizado en este estudio, permite aprovechar mejor los datos, hallando relaciones y cargas factoriales que no necesariamente son evidentes sin dicho análisis (Rodríguez, 2003).

Respecto a la suficiencia de los datos y el alcance de los análisis, cada investigador debe garantizar que el grupo de participantes seleccionado es suficiente para realizar el análisis deseado y debe delimitar si sus resultados son aplicables solo a ese grupo de participantes o si se puede generalizar a otros grupos (Suárez, del Moral y González, 2013). En ese sentido, vale la pena aclarar que nunca se pretendió inferir de los datos obtenidos unas conclusiones para la totalidad de la población del colegio o de la ciudad, ya que el objetivo de las investigaciones cualitativas no es llegar a dichas generalizaciones (Hernández, Fernández-Collado y Baptista, 2006) y por lo tanto se buscó un grupo que pudiera ser manejado por un solo investigador en varias sesiones, por lo cual la convocatoria se hizo a los estudiantes de grados 8º, 9º y 10º del colegio Antonio José de Sucre I.E.D. de la ciudad de Bogotá, los cuales sumaban aproximadamente 120 personas, estimando como máximo 10 grupos focales. Es necesario aclarar que cuando se habla de lograr impactar políticas criminales del país, se aclara que es durante todo el proceso explicado, esto es: la revisión teórica -ya hecha y consignada en el trabajo de Soto y cols., 2013-, la tipología de lugares peligrosos -producto de esta investigación-, el desarrollo de un instrumento adecuado para medir percepción de seguridad y miedo al delito y finalmente la aplicación masiva del mismo -estas dos últimas, aun proyectadas y no realizadas-;

por lo tanto el impacto que se busca es al finalizar todos estos pasos y no solo con el presente trabajo.

Finalmente, la transparencia y replicabilidad del análisis que proponen Suárez, del Moral y González (2013) significan que se deben describir todos los pasos para que quien conozca de la investigación pueda seguir los pasos claramente y se comprenda la razón por las que se toman las decisiones en cada fase, de manera tal que se puedan comprender las conclusiones a que llega el investigador. Así, en el presente trabajo se ha procurado presentar todas las fases que lo componen, contando con la experiencia del investigador y la asesoría, tanto metodológica como conceptual, de dos docentes con experiencia en dichos temas.

Participantes

La muestra de este grupo estuvo conformada por 16 estudiantes, 6 hombres y 10 mujeres, que se vincularon al estudio voluntariamente en calidad de participantes, previa manifestación expresa de querer participar; posteriormente se les pidió allegar el consentimiento informado por parte de sus padres y finalmente se les explicó la forma, día y hora en que se realizarían los *focus group* y procedieron a firmar el consentimiento asistido, siguiendo así las recomendaciones de la *American Psychological Association* (APA) (2002) respecto a las normas éticas a tener en cuenta en este tipo de situaciones.

De lo anterior se infiere que la muestra seleccionada es una muestra no probabilística, ya que si lo fuera se requeriría determinar el tamaño de la muestra y adicionalmente todos los miembros de la población estudiada tendrían la misma probabilidad de participar en la muestra (Hernández, Fernández-Collado y Baptista, 2006), lo cual no ocurrió; se trata, entonces, más bien de una selección de muestra por conveniencia, ya que los criterios de inclusión en la muestra fueron: Interés de participar, presentar el consentimiento informado por su padre o madre y

finalmente firmar el consentimiento asistido, siendo así evidente que los sujetos se seleccionaron por estos criterio y la condición para que el muestreo sea por conveniencia es que el investigador o los sujetos se seleccionen por la disponibilidad que tengan (Kinnear y Taylor, 1998).

Los participantes tenían edades entre los 14 y 17 años y estaban matriculados como estudiantes activos de los grados 8º, 9º y 10º de la jornada de la tarde en el Colegio Antonio José de Sucre I.E.D. de la localidad 16 de Bogotá (Puente Aranda), de los cuales 1 habitaba en la localidad de Kennedy, 1 habitaba en la localidad de Fontibón y los restantes 14 habitan la misma localidad en que se ubica el colegio, esto es, Puente Aranda. Se realizó el estudio y análisis de las percepciones sociales de una población adolescente, en razón a su edad y al nivel de exposición probable que pueden tener a situaciones delictivas e inseguras; adicionalmente se buscó tener la posibilidad de sugerir acciones sociales que redunden en el bienestar de una población en formación, lo cual es de mayor impacto que en adultos dado que se ha visto cómo los adolescentes tienden a disminuir su probabilidad de sufrir algún evento peligroso o criminal, pese a que suelen ser los que más están expuestos ya que salen y permanecen en calle más tiempo que otros grupos poblacionales (Wilson y Kelling, 1982).

Técnica de recolección de información

Se planteó la necesidad de acercarse a la percepción de seguridad y miedo al delito que los participantes tuvieran, lo cual implicó considerar tanto las percepciones sociales individuales como la construcción social de los conceptos que configuran la percepción de seguridad y miedo al delito, para lo cual se consideró la interpretación y la forma en que el grupo específico concibe los eventos y les da una explicación (Méndez y Bara, 2008). La técnica específica que se seleccionó para recolectar la información fue el *focus group* la cual se entiende como una guía para la realización de una entrevista a un grupo de personas, tendiente a generar controversias,

reflexiones o complementación en conceptos, percepciones, imaginarios y/o experiencias de carácter personal, cuyo eje temático es un tema de interés para el investigador, acerca del cual se necesite conocer información; dicha información refiere a percepciones sociales a partir de sus características, principalmente las socio demográficas (PNUD, 1998). Es así como esta técnica implica la selección de una serie de preguntas orientadoras, esto es, que motiven a los participantes a participar y comentar, lo más ampliamente posible sobre el tema. (Escobar y Bonilla-Jiménez, 2009).

Una vez explicada la técnica de recolección de la información, es decir, el *focus group*, es necesario especificar que el grupo de participantes estaba conformado por aquellos que allegaron el consentimiento informado firmado, lo cual generó una necesidad de hacer dos aplicaciones, ya que de los grados 8° y 9° entregaron primero los consentimientos, en tanto que grado 10° lo hizo algo más tarde, por lo cual se hicieron dos aplicaciones del *focus group*: Una para los grados 8° y 9° (con 11 participantes), que tuvo una duración de una hora 47 minutos y 57 segundos, y otra para los estudiantes de grado 10° (con 5 participantes), con una duración de 57 minutos y 27 segundos.

Análisis de la información

El producto de los dos *focus group* es una serie de percepciones sociales que deben ser analizadas para así poder determinar constancias o relaciones entre las palabras que expresan estas percepciones, lo cual se conoce como análisis estadístico de datos textuales, el cual se realiza mediante el uso de algún *software* comercial dispuesto para ello, el cual reduce los datos, selecciona palabras clave y agrupa estas palabras clave (Rodríguez 2003) configurándose así un método multidimensional, esto es, el cruce de diversas variables en los resultados para generar gráficos cartesianos que grafican las relaciones estadísticas de los resultados; el objetivo del uso

de dichos *software* no es otra que aplicar una serie de procedimientos estadísticos desarrollados para variables categóricas y cuantitativas (Montenegro y Pardo, 1996) y la riqueza o aporte de este tipo de procedimientos está en poder confrontar un alto número de variables y asociaciones entre ellas, en un solo procedimiento que genera resultados más ricos que aquellos análisis hechos a los datos por separado (Becué, 1999). Estas técnicas no se han popularizado en Latinoamérica, pese a sus buenos resultados, principalmente porque los pioneros de estos métodos son de habla inglesa o francesa y en segunda medida, porque su utilización implica la utilización de matrices muy extensas que hacen prácticamente obligatorio su tratamiento mediante computadores, lo cual ha generado una barrera de acceso (Montenegro y Pardo, 1996), la cual ha ido disminuyendo progresivamente con la popularización de los computadores y otros aparatos de procesamiento.

Para esta investigación se utilizó el *software* *Système Portable pour L'Analyse des Données Textuelle* (SPAD-T, por sus siglas en francés), el cual permite realizar análisis a datos textuales, generando un listado de palabras que son posteriormente agrupadas para producir gráficos, en términos cartesianos, basados en las cargas factoriales de dichas palabras, destacando las tendencias más fuertes y realizando las jerarquías de palabras necesarias para evidenciar las tendencias obtenidas de los participantes, en relación a las categorías establecidas (Becué, 1999 y Montenegro y Pardo, 1996). Este software se seleccionó, siguiendo la recomendación de Rodríguez (2003) que lo destaca como el más completo de los programas de análisis de datos textuales, después de haberlo comparado programas como el ATLAS.ti, el STATISTICA text miner, entre otros.

Así mismo, se agruparon las percepciones sociales en tipologías específicas para lugares determinados. Finalmente se generaron las tipologías de los lugares referidos por los jóvenes,

partiendo de los resultados del SPAD-T y así poder comparar con estadísticas oficiales de criminalidad y seguridad en Bogotá para hallar o descartar similitudes entre los lugares reportados como peligrosos por los participantes y los lugares peligrosos según las estadísticas oficiales de los mismos lugares.

Categorías pre establecidas

Dado que el objetivo de la investigación es proponer una tipología aplicable a los lugares que refieran los participantes, este trabajo se basó las categorías presentadas por Méndez y Barra (2008), Ruiz (2007), IIDH (2007), Weisburd y Eck (2006) y Corraliza y Fernández (1997), en sus respectivas investigaciones, las cuales hablaban de robos de viviendas, robos de objetos materiales, robo de medios de transporte, raponazos, atracos, desaparición de objetos en el hogar, vandalismo, extorsión, agresión verbal, agresiones físicas, agresiones en medios de transporte, agresiones por parte de la fuerza pública, ser perseguidos por desconocidos, muertes violentas y conductores ebrios como los hechos relevantes narrados o esperados en estos estudios.

Sin embargo, es deseable acotar que, dadas las características de la investigación, se pueden generar nuevas categorías, replantear las propuestas inicialmente o hallar una nueva serie de categorías.

Consideraciones éticas

Como marco general a toda la investigación, se debe mencionar que se supeditó a los principios de: No maleficencia, entendido como *Primum non nocere*, es decir buscar en todo momento como prioridad el evitar cualquier impacto negativo o daño en los participantes, bien sea física o psicológicamente. Autonomía, permitiendo que los participantes conozca las condiciones del estudio, decida sin coacción de ningún tipo, si participa o no, teniendo claro que no habrá premio para quien participe ni castigo para quien no lo haga.

De hecho, la utilización del consentimiento informado y del consentimiento asistido se consideran la expresión de dicho principio de autonomía, siguiendo así las recomendaciones de la *American Psychological Association* (APA) (2002) respecto a las normas éticas a tener en cuenta en este tipo de situaciones.

Finalmente, es necesario aclarar que el manejo de los datos fue realizado exclusivamente por el investigador, sin dar a conocer nombres o algún otro dato que comprometiera la identidad de los participantes y menos aun ligar directamente a un estudiante con alguna afirmación, actitud o comentario en particular.

Procedimiento

Para obtener los datos, se cumplieron las siguientes fases:

Fase I. Selección de las preguntas guía para el *focus group* (Ver anexo C). Se determinaron preguntas guía a partir de las categorías pre establecidas y la teoría del miedo líquido de Bauman (2007) para guiar la actividad.

Fase II. *Focus group*. Se realizó esta actividad con un grupo de 16 estudiantes, en dos sesiones diferentes. En la primera sesión se contó con 11 estudiantes y en la segunda con 5, así como con la presencia de un investigador en cada sesión -el mismo para las dos sesiones- que realizaba las preguntas guía y procedía a moderar la discusión entre los participantes; igualmente, el investigador tenía la misión de parafrasear las conclusiones generales a que llegaban y de realizar la grabación de la actividad.

Fase III. Análisis de datos. Se realizó la transcripción de las dos grabaciones -una de cada sesión-, posteriormente se tabularon los datos obtenidos en la grabación para agruparlos en una tabla, discriminados por cada pregunta realizada, a continuación se corrieron los datos por el

SPAD-T para realizar el análisis textual a los datos y finalmente se agruparon los datos en la propuesta de tipología.

Fase IV. Comparación de resultados. Se compararon los resultados de la investigación, respecto a los lugares considerados peligrosos por los participantes, con los datos de las estadísticas oficiales respecto a la ciudad de Bogotá y su seguridad, para el año 2012, generando así la posibilidad de analizar si los lugares referenciados por los estudiantes presentan altos índices de criminalidad reportada, para analizar si el miedo a dichos lugares es derivado directamente de la criminalidad o no.

Resultados

Dado que la recolección de datos fue efectuado mediante la técnica de *focus group*, realizado en dos sesiones, es necesario aclarar que durante dichas sesiones se indagó al grupo de estudiantes respecto a su nivel de conocimiento del barrio Salazar Gómez, en el cual queda ubicado el Colegio Antonio José de Sucre I.E.D.- para que hablaran en general de las características del barrio. En ese sentido, vale la pena revisar la zona geográfica a que se referirán los resultados, así:

Figura 1. Localidad 16 Puente Aranda.

En esta imagen, tomada de la página http://www.aleovias.com/categoria_localidad-164, se puede apreciar la ubicación de la localidad 16 de Puente Aranda en Bogotá, la cual se identifica por el número 16 y por el color amarillo en el gráfico; igualmente se ve en la figura 1, que es una de las localidades más pequeñas en Bogotá (1731 Hectáreas), pero resulta de interés particular en esta investigación ya que en su interior se encuentra, tanto el colegio Antonio José de Sucre I.E.D., como la vivienda de muchos de los entrevistados. Se destaca su ubicación

central y su baja densidad poblacional (3,3% de la población total de Bogotá); su área es totalmente urbana sin poseer espacios rurales, posee una baja tasa de crecimiento (0,1% anual) y presenta una proliferación de centros industriales y comerciales, lo cual hace que exista una gran cantidad de población flotante, esto es, población cuya residencia no es la localidad, pero transcurre gran parte del día en ella, por motivos principalmente laborales y académicos, lo cual igualmente implica una renovación continua de sus habitantes (Secretaría Distrital de Planeación, SDP, 2009).

A continuación se presenta el área que circunda al colegio Antonio José de Sucre I.E.D., la cual es referida durante las entrevistas, y se presenta a continuación para dar mayor claridad al lector respecto a la zona en que se circunscribió este estudio.

Figura 2. Barrio Salazar Gómez y áreas circundantes.

En esta figura, obtenida con la aplicación *Google earth*, se aprecia claramente la delimitación más importante de la zona del Barrio Salazar Gómez: las carreteras o vías de mayor tráfico, tales como la Calle 13 que marca el límite superior, la Avenida de las Américas que marca el límite inferior y la Avenida Carrera 68 que marca el límite en la parte izquierda de la figura.

Una vez contextualizado geográficamente el estudio, es necesario acotar que durante las sesiones de entrevista se llegó muy rápidamente al tema de la seguridad y por tanto fue natural el paso a preguntar por su percepción de seguridad. Con el transcurrir de la entrevista se evidenciaron situaciones que muchos participantes de los grupos compartían, reafirmaban o repetían; según los diversos temas, se propondrá a continuación una agrupación de las temáticas, con el propósito de analizar mejor sus características y para facilitar la presentación de los datos se adjuntan las figuras obtenidas con el SPAD-T (figuras 3 a 7) y finalmente se presenta en la figura 8 las zonas consideradas seguras o inseguras por la población que colaboró en este estudio, contrastadas con las zonas de mayor peligrosidad en Bogotá, según los datos recogidos por el observatorio de seguridad ciudadana de la CCB, para el año 2012, que fue el mismo año en que se entrevistó a los estudiantes. Por lo tanto, se ha de entender este apartado como la presentación de las percepciones sociales y experiencias de los sujetos frente a los temas de delincuencia y seguridad.

Generalidades

Al tomar las narraciones de los muchachos se pueden percibir algunas similitudes y temas que aparecen con mayor frecuencia; por ello, el primer análisis de los resultados es tomar estos discursos y poder generar, mediante el SPAD-T, un gráfico que condense y agrupe las percepciones sociales del grupo en general.

Figura 3. Análisis factorial general.

En esta figura se aprecian triángulos rojos y puntos azules, cada uno de ellos con una o más “etiquetas” o palabras asociadas. Los triángulos representan variables continuas - C2= Años de conocer el barrio y C5=1, cuando habitan Puente Aranda y C5=2 cuando habitan en otra localidad - y los puntos azules corresponden a las palabras, o grupos de ellas, que tienen más peso factorial en los relatos de los *focus group*. Así mismo, distribuye estos resultados en un plano cartesiano, agrupándolas según su afinidad, por lo cual se evidencia que algunas palabras que refieren a lugares -RCN televisión, Ciudad Bolívar, el puente vehicular de la calle 13, entre otros- se ubican cerca de palabras de connotación negativa -Robo, olla, ñeros, etc.- ya que corresponden a una sola categoría que se puede denominar “lugares percibidos como peligrosos”.

Llama la atención que dichos lugares se asocian con las personas que viven en otras localidades y adicionalmente que aquellos que conocen el barrio hace tan solo 1 año no mencionan dichos lugares. Así mismo se destaca que las referencias a peligrosidad o potencial

daño -“violan”, “robo”, “peligroso”, etc.- son más frecuentes que aquellas con una connotación de seguridad -como “tranquilo”, por ejemplo-.

Algunos lugares como el colegio o RCN televisión presentan mucha ambigüedad en el relato, ya que son asociados tanto con aspectos positivos como con algunos negativos; así, la etiqueta “RCN” está cerca de la etiqueta “Marihuana” que refiere al consumo y venta de drogas en la zona, pero también a la palabra “Calidad” y “Plata” que, respectivamente, hacen referencia a satisfacción general en sus necesidades y posesión de dinero. Estas asociaciones presentan una marcada ambigüedad, ya que los estudiantes narran hechos delictivos cercanos al colegio -venta de drogas ilícitas, por ejemplo-, pero lo consideran un territorio seguro; así mismo, las opiniones respecto a las pandillas del barrio fueron variadas, ya que hay quienes las defienden e identifican como guardianes del barrio y hay quienes las atacan, asociándolas más con criminalidad y actos delictivos; igualmente se reconoce la presencia policial en la zona, pero es reiterada la solicitud de mayor presencia en el barrio para hacerlo más seguro; esta ambigüedad de los términos es la que permite agruparlos en forma cercana.

Se evidencian también palabras que describen el barrio y sus linderos -Calle 13, avenida 68, Almacenes éxito, etc.- con sus características asociadas, pero también es posible hallar lugares que se conceptuaron como peligrosos, que se corresponden principalmente con barrios o lugares lejanos a la zona -como la localidad de Ciudad Simón Bolívar, el Bronx o la L-, pero igualmente hubo un correlato asociado a estos lugares peligrosos o potencialmente peligrosos, esto es, en general los participantes reconocieron que no han transitado por dichos lugares, y que su percepción social se da más como producto de un imaginario colectivo, que por una experiencia propia o de sus familiares; en resumen, se reconocen estos lugares como peligrosos sin conocerlos, haber ido o haber tenido experiencias aversivas en ellos. Puesto en palabras de

Berger y Luckman (2001), la construcción social del conocimiento respecto a un espacio o lugar es diferenciado en la medida que dichos espacios resulten familiares para las personas, ya que los lugares más familiares aportan más datos y de mayor complejidad, en tanto que los lugares lejanos y poco conocidos. Esto genera mayores distorsiones respecto a lo desconocido y explica los prejuicios frente a lugares desconocidos.

En ese sentido, se pueden identificar otras zonas percibidas como seguras -Parque Simón Bolívar, Corferias, Hayuelos, entre otros- algunas lejanas y otras más cercanas; llama la atención que en este apartado de ubicar espacios seguros o de confort es más nutrido que aquellos espacios peligrosos o inseguros, ya que existe reiteración en los sitios peligrosos -puentes, ciertos barrios, etc.- en tanto que los sitios seguros son muchos más e incluso se asocian lugares donde han ocurrido hechos negativos, pero no son percibidos como peligrosos, v.g. el parque Simón Bolívar, donde narran amenazas, robos e incluso acoso y persecuciones, pero es percibido como un lugar amable y seguro.

Se refiere la noche como un espacio del día muy peligroso, e incluso afirman que en su zona más proximal de seguridad -las 4 cuadras alrededor del colegio Antonio José de Sucre I.E.D.- no es recomendable después de las 9 de la noche; así mismo comentan que de noche hay más sitios peligrosos, ubicando así unas horas más seguras que otras, las cuales oscilan entre las 6 AM y las 8 o 9 de la noche, hallándose así una pequeña diferencia: del relato se evidencia que el periodo seguro inicia a las 6 AM, ligando esta hora con la aparición de la luz solar, pero genera polémica hasta qué hora es seguro transitar por el barrio (por ese motivo las etiquetas “8-PM” y “9-PM” están cercanas; la falta de consenso en los grupos es tal que incluso se afirmó que se podía transitar hasta las 12 PM -sin embargo, tanto las 12 PM como las 6 AM no aparecen referenciados en el gráfico, ya que fueron mencionadas muy pocas veces y su peso factorial fue

muy bajo-. Adicionalmente, algunos refieren ya haberse acostumbrado a ver cómo roban a otras personas y a ellos mismos, llegando a afirmar que la drogadicción se ve desde el colegio, pero es un hecho “lejano”, en la percepción social de los estudiantes, del colegio y sus alrededores, no físicamente, ya que reconocen que en el parque en que se encuentra uno de los accesos del colegio han visto vender droga; se refieren más a que esto sucede como un hecho aislado que espacialmente se puede evidenciar en los alrededores de la planta física del colegio, pero no con mucha frecuencia que ahora no le ofrecen a los estudiantes.

La zona que se identifica, por parte de los estudiantes, como la más segura y que ellos mismos ubican como 4 cuadras alrededor de la institución, comprende la carrera 68, la calle 13, la carrera 65 y la avenida de las Américas; resulta llamativo que las fronteras de esa zona de confort resultan transitables solo en el día, ya que en la noche refieren haber sufrido o haber conocido casos de ataques -robos con amenaza, usualmente con arma blanca- en estas zonas limítrofes de su espacio más seguro. Pese a narrar hechos al interior de estos límites, tienden a desestimar la gravedad, frecuencia o consecuencias de los mismos, en tanto tienden a temer lugares lejanos que no conocen mucho, como Ciudad Bolívar.

Dado que los resultados del análisis factorial del SPAD-T muestran muy aglutinada la zona izquierda del gráfico, se hace necesario aumentar esta zona, para hacer un mejor análisis:

Figura 4. Zoom a la zona izquierda de la figura 3.

En esta aproximación a los resultados presentados, se aprecian mejor los grupos de palabras, de las cuales se destaca la porción derecha del gráfico, por ser la más densa; en ella se encuentran lugares representativos como la Avenida 68, la calle 13 y los puentes del barrio junto a descripciones de lo que ellos atribuyen a los lugares, tales como “robo”, “atracan mucho” “prohibido” y una serie de afirmaciones en negativo, por lo cual se puede entender que allí es que se agrupa factorialmente los lugares percibidos como más peligrosos; se evidencian allí las condiciones que favorecen al peligro, tales como transitar en avanzada hora de la noche y la madrugada, e igualmente la falta de iluminación de algunos de estos lugares como una variable a considerar. En este gráfico se aprecian los relatos sobre tribus urbanas e incluso la preocupación por sus pertenencias, ya que en estos sitios peligrosos se hace referencia a las situaciones negativas con sus bicicletas; además, aparece la etiqueta “JAC”, la cual refiere al decaimiento de la junta de acción comunal del barrio, que es un hecho que asocian con su miedo al delito. Este punto resulta algo contradictorio, ya que en los *focus group* también se menciona un cambio

positivo en el barrio, surgido precisamente en esta época de problemas con la JAC, ya que se refieren a una disminución de venta y consumo de drogas en el barrio durante los últimos dos años, que es el mismo parámetro de tiempo en que perciben que la junta de acción comunal se ha debilitado.

Un poco a la izquierda del anterior grupo de palabras de la figura 4, se encuentran verbalizaciones respecto a lugares algo más lejanos del colegio, pero de mucha influencia en sus vidas, tales como “Otros colegios” -que recoge opiniones respecto a colegios específicos como el Nicolás Esguerra o el Silveria Espinoza, e igualmente referencias inespecíficas a otros colegios- junto a los cuales aparecen palabras como “Marihuana”, “Barristas”, “Matan” y “Navaja”. Incluso se aprecia el número 5, que refiere a hechos negativos sucedidos cuando llegan a estudiar a las 5 de la mañana, reforzando así la idea de estar más seguros entre las 6 de la mañana y las 8 o 9 de la noche. La etiqueta “Barristas” resulta interesante, ya que aparecen con percepciones sociales positivas cuando hablan de los barristas del colegio -incluso algunos de los participantes son barristas- pero sí identifican peligro en el barrio con esta población y refieren agresiones entre ellos, pero en espacios lejanos al colegio. Siguiendo más a la izquierda de la figura 4, se hace referencia a una atribución generalizada de los estudiantes respecto al aumento del riesgo de sufrir delitos o situaciones peligrosas en los sitios más alejados del comercio, lo cual se puede entender como una percepción de seguridad frente al comercio, difundida ampliamente en este barrio bien sea por comunicación directa o por algún medio de comunicación.

Finalmente, en el extremo inferior izquierdo de la figura 4 se aprecian las palabras más polémicas, tales como “Zorrero” o “Moridero”, pero también se encuentra la propuesta de ellos frente a posibles acciones o valores que se pueden implementar, tales como “Tolerancia” o “Sociedad” que incluso impactarían en lo que ellos perciben como amenazante de los barristas

que no son del colegio, como su actitud pasional e irracional; sin embargo, la palabra “Normal” que se les asocia refiere a que dichas situaciones entre barristas, o las malas condiciones sociales en que suponen viven los zorreros, son algo normal y que están acostumbrados a que así sean las cosas, por muy injustas o violentas que se perciban.

Agrupación de temáticas

Siguiendo con la estructura propuesta, y una vez presentados los resultados generales de los *focus group*, a continuación se presentan resultados y gráficas que condensan la información, seleccionando algunos tópicos, o temáticas que particularmente fueron emergiendo de las conversaciones y que comparten algunas palabras, sujetos o percepciones sociales, que se utilizarán como subtítulos, con el fin de hacer análisis más detallados a algunos aspectos que fueron considerados relevantes para los participantes, respecto al miedo al delito y la percepción de seguridad.

Personajes y seguridad

Preliminarmente se puede evidenciar que existe una percepción de seguridad parcial en el barrio Salazar Gómez, ya que a la pregunta sobre qué conocían del barrio, que era la primera pregunta de la sesión, la primera persona que respondió hizo referencia inmediata a “los drogadictos del parque” e influenció a los demás a hablar más de inseguridad que de seguridad. En la figura 5 se muestran los datos de los estudiantes, en lo que respecta a las personas que han visto en el barrio y que son percibidas socialmente como peligrosas por los grupos de estudiantes, e igualmente se denotan aquellas personas que son percibidas socialmente como seguras o que potencialmente brindan seguridad.

Figura 5. Personajes percibidos socialmente por los estudiantes como seguros o inseguros en el barrio Salazar Gómez.

De la figura 5 se destacan dos grandes grupos de palabras en la parte inferior, las cuales están cercanas y unidas por unas pocas palabras, en tanto que hay unas pocas palabras en la parte superior. Estos últimos grupos de palabras -los de la parte superior- pertenecen a dos relatos muy específicos, que fueron narrados por unos cuantos participantes, que compartieron las experiencias y por ello logran una frecuencia suficiente para ubicar las palabras de su relato, pero es evidente la distancia con los relatos de percepciones sociales de los demás; los dos hechos fueron el robo a una industria licorera del sector, el cual se realizó por un hueco que hicieron en la pared y se llevaron maquinarias por el costado del parque -se pueden ver en la figura 5 palabras como “parque” o “máquinas” que hacen parte de estos relatos-. El otro hecho fue una salida que hicieron 4 estudiantes que formaron parte de uno de los *focus group*, los cuales narraron cómo unos muchachos los siguieron y los abordaron a una hora que no es muy peligrosa

-4 de la tarde-, pero si en un sitio peligroso -el Simón Bolívar-, por lo cual se aprecian palabras como “camino”, “ataca” “hora” y “desconocidos”.

Pero resulta más llamativa la concentración de palabras en la zona inferior del gráfico. En esta zona se observan dos grandes grupos, de los cuales el que está más a la izquierda contiene percepciones sociales frente a situaciones percibidas socialmente por los participantes circunscritas a su entorno más cercano –esto es, el colegio Antonio José de Sucre I.E.D.-; así, se pueden ver palabras como “peleas”, “ecológicamente mal”, “violan”, “respeto”, “iluminación” y “estereotipo”, que son palabras que aparecen en los relatos como situaciones que se evidencian desde o alrededor del colegio y que pueden ser amenazantes o probablemente perjudiciales y algunos que son potencialmente beneficiosos para su propia seguridad, según las percepciones sociales de este grupo.

En el grupo adyacente, es decir, el de la derecha del cuadrante inferior de la figura 5 se agruparon las etiquetas que describen hechos preocupantes y generales que se dan en el barrio Salazar Gómez, pero cuya ocurrencia no es frecuente; así, se ven palabras como “familia” “robaron” “empresa” e “inseguro”, que son situaciones y personajes que pueden influir, según su percepción social, en que en algunos momentos haya o no haya percepción de seguridad y disminuya el miedo al delito.

Las palabras “gomelo” “droga” “marihuana” y “estrato” se encuentran en medio de los dos grupo de palabras del cuadrante inferior, ya que aparecen tanto en los relatos sobre la zona circundante al colegio como en los hechos generales del barrio.

Se puede evidenciar en las palabras usadas por los participantes un etiquetamiento y manejo de pre conceptos o estereotipos frente a grupos o personas consideradas por ellos como indeseables -el marihuanero, el gamín, el ñero, el barrista, el pandillero...- y no evidencian algún

tipo de acercamiento real con dichos grupos, más allá de los comentarios de terceros y clichés, es decir: perciben socialmente como peligrosos algunos grupos sociales que no conocen o no han experimentado directamente en sus vidas, pero que les han inculcado, sin saber muy bien quién, cuándo o cómo, que son personas peligrosas.

Así, se encuentran los siguientes ejemplos:

“Uich, esos ñeros, no porque a veces los sacan a volar, por problemas que tienen allá con los de Pradera y todo eso”.

“Acá vino un marihuanero, porque uno se da de cuenta de las cositas, entonces acá hay un marihuanero... así sí... o no más con la cara. Con la cara con esos ojos rojos así, ojos rojos así”.

Otra situación evidenciada es la identificación de las pandillas y sus miembros, como factores de protección en el barrio, lo cual es analizado por los muchachos como producto del conocimiento que tienen los miembros de pandilla respecto a las personas que son del barrio e incluso referencian que sus inicios se dan a partir de grupos de jóvenes que se reunían y empezaron a organizarse contra los problemas del barrio, tales como la delincuencia.

“Me hablo con ellos, cada vez que hay algún bonche, o pelea o algo así, ellos siempre van es contra la persona que digamos, si ellos no conocen a la persona, ellos van contra la persona no contra uno mismo y ellos son los que, pues, ellos son los que más vigilan el barrio”.

Espacios geográficos

Los participantes identifican como zona segura las 4 cuadras a la redonda del colegio y tienen muy claros los límites más seguros: Calle 13, Avenida de las Américas, Avenida 68 y la carrera 65. Presentan historias como víctimas de hechos delincuenciales en el barrio e incluso al

interior de este cuadrante que representa su espacio percibido socialmente como más seguro, pero consideran que existen zonas más riesgosas en la ciudad; De una de las entrevistas se extrae este ejemplo que ilustra la idea anteriormente expuesta:

“Es que el barrio tiene 4 cuadras, 4 cuadras por todo lado, yo ya me puse a contarlas y pues... si yo me pongo a contar...la mayoría (de los delitos) no es en el barrio...Es afuera, por ejemplo acá en la 68, en la 13, en las Américas”.

En general, el grupo reconoce problemáticas del barrio, pero muestran un sentido de pertenencia con sus familias, su colegio y con el barrio mismo e incluso este mismo sentido de pertenencia puede ser determinante de la aparente contradicción entre considerarlo un barrio más seguro que muchos en Bogotá, pero solicitar mayor presencia policial como algo fundamental ya que lo perciben socialmente como seguro, pero lo desearían más seguro aún. La cara opuesta de este sentido de pertenencia es una identificación con aquellos que más conocen del barrio y que provienen de las familias de la zona, pero genera una diferenciación casi inmediata con personas que no son del barrio, las cuales son mas vistas, como los zorreros, barristas y tribus urbanas que transitan por las calles del barrio, sin que necesariamente pertenezcan a él. En ese sentido, se generan dos grupos: los conodicos y los desconocidos, donde los primeros comparten mis ideales y características y los segundos son amenazas por las diferencias que presentan en estos aspectos, tal como se evidencia en estas frases:

“Este barrio es más tranquilo, por ejemplo que Marsella, Pinos, la Igualdad, la Floresta, Ciudad Bolívar... en sí, la localidad de Puente Aranda me parece que es más fácil vivir ahí, más tranquila”

En estas narraciones se evidencia que parte de las características percibidas socialmente por el grupo como factores o variables relevantes en el miedo al delito y la percepción de seguridad, refiere a los lugares que son más proclives a generar situaciones peligrosas en tanto que otros lugares son percibidos socialmente como facilitadores de seguridad o cuando menos de disminuir el riesgo o miedo al delito; tomando en cuenta este reconocimiento, se generó la figura 6 para asociar las narraciones en forma factorial.

Figura 6. Lugares peligrosos y lugares seguros.

De esta gráfica se puede decir que en el extremo superior izquierdo quedan agrupados lugares que asocian con el peligro, tales como Bosa -en la cual habita una parte de la población del colegio-, el Bronx, las Lomas y Ciudad Montes, que son sitios referenciados con connotaciones negativas, pero no hay referencia a los lugares donde viven los entrevistados, tales como el Jazmín, el Galán, Marsella, entre otros; de hecho las palabras “Saludo” y “No-confianza” que se encuentran junto a los nombres de los barrios, hace referencia a que con esas personas se saludan, pero toman prudente distancia de ellos. Adicionalmente se puede afirmar,

que estos barrios nombrados son lugares que, si bien reconocen como parte de la zona proximal a sus vidas, sencillamente generan sentimientos de rechazo y evitación, de forma directa y sin ambigüedades, tal como se puede ilustrar con un extracto del *focus group*:

“A diferencia de otros barrios... Como el Bronx, Ciudad Montes, Las Lomas, las Cruces, Ciudad Bolívar... ¡Uich! Ciudad Bolívar... Todo esto, pero acá, creo que en todo barrio siempre deben haber como los duros ¿No?”

De la misma figura 6, pero ahora en la parte inferior izquierda se encuentran lugares más ambiguos o que no les representan mayor amenaza en su cotidianidad, tales como la L, el Jazmín, Ciudad Bolívar, entre otros, que son sitios relativamente lejanos al barrio Salazar Gómez, pero igualmente se presentan barrios cercanos, donde reconocen la criminalidad, pero la asumen como parte de su vida diaria, tal como se muestra a continuación con un extracto de las entrevistas:

“Pero, pues en realidad el Jazmín no es muy peligroso que digamos, solo que me han robado, pero no más...”

En cuanto a los sitios más lejanos, e incluso más desconocidos, los referencian más por comentarios de terceras personas o por lo que cuentan los medios, más que por experiencias directamente vividas -el lugar más polémico es Ciudad Bolívar, del cual reconocen su estigma como peligroso, pero ellos mismos hablan de su peligrosidad-. Para ejemplificar estas situaciones, se presenta otra parte de los *focus gorup*:

“Ciudad Bolívar como inseguro... de pronto unas partes, en realidad no es todo... es más lo que uno escucha que lo que en realidad es.”

En ese mismo cuadrante de la figura 6, se encuentran sitios como RCN televisión, que es un edificio muy cercano al colegio y genera o se involucra en situaciones que afectan directamente el barrio; igualmente se pueden ver palabras referentes a la presencia de barristas, muchos de los cuales estudian en el propio Antonio José de Sucre. Por lo anterior, se puede afirmar que en ese cuadrante de la figura 6 se ubican aquellas palabras que refieren a lugares cercanos y de mucha importancia e influencia en su cotidianidad; así, se destacan referencias al colegio como lugar seguro, pero donde se pueden presentar robos, la Compañía Nacional de Chocolates como límite del espacio seguro, el Simón Bolívar que está físicamente lejano, pero donde han ocurrido muchas anécdotas importantes para los muchachos, la avenida 68, las horas seguras para transitar, la calle 13 y otros colegios que son vistos casi como “males necesarios”, dado que son antagonistas, pero de mucha importancia en su cotidianidad, tanto para bien como para mal.

Finalmente, en esta figura se ven palabras algo dispersas a medida que se aprecia la parte central y se mira hacia la derecha; palabras como “pandillas”, cuyas connotaciones ya fueron descritas, la 13 con 68, las máquinas de la zona industrial, la 68 con 13 que presenta ambigüedad ya que la 68 es, para ellos, mucho más segura que todas las demás en tanto que la 13 puede ser muy peligrosa, por fuera de los horarios que les generan tranquilidad. Finalmente se identifica un grupo de palabras que refieren a un hecho temido, pero no acaecido en la zona, del cuál no han tenido conocimiento y que no se ve en el barrio, esto es, violaciones sexuales, de las cuales no han tenido noticia, no conocen casos al respecto en el barrio y en general hace referencia a que donde ellos viven no se ve esta conducta delictiva.

Herramientas de afrontamiento

Se evidencia en algunos participantes la des-sensibilización frente a la inseguridad, ya que han normalizado el hecho de que ocurren balaceras, atracos, robos y asesinatos e incluso culpan a las víctimas de algunos hechos -“Pero es que donde se hace...”-. Así mismo, no se evidencia una perspectiva de ser parte de la solución y por ello recurren a agentes externos, con propuestas tales como más policías, patrullajes más seguidos, cámaras de seguridad, etc. Así, dos de los jóvenes procedieron a describir el espacio más cercano a su casa de la manera siguiente:

“Mucho drogadicto... hay a veces tiroteos, de vez en cuando... pues en la parte en que yo vivo, en la 68 con 13 hay mucho ladrón...”

“Yo voy por la noche y por los lados de Saludtotal yo bajo a esa hora solo, a las ocho, ocho y media... o sea uno ya está acostumbrado a que... ver personas que lo roban y eso.”

Autopercepción y compromiso

No se identifican, en general, como personas que conozcan bien el barrio, pero los relatos evidencian que si tienen un buen nivel de comprensión, aprehensión y/o interpretación de las situaciones que se presentan en el barrio, ya que sus percepciones sociales producen frases como la siguiente:

“Llevo 16 años viviendo en este barrio... lo conozco, pues... no digo que a la perfección, pero si lo voy conociendo... Pues yo me camino desde aquí hasta la casa...pero cuando uno va muy tarde es súper peligroso.”

Pero como se apreciaba en la figura 3, se puede afirmar que aquellos que llevan muy poco de conocer el barrio -un año o menos- suelen percibir más a sujetos externos como causantes o mitigadores de las situaciones de seguridad o riesgo, en tanto que aquellos que

hablan de conocer el barrio hace aproximadamente 2 años atrás, hacen afirmaciones más dispersas y no hay palabras directamente asociadas a ellos; aquellos que llevan conociendo el barrio hace 3 años aproximadamente, se agrupan aparte del resto, con palabras referentes principalmente a lugares seguros; finalmente, aquellos que conocen el barrio hace 4 años o más se ubican muy cerca de aquellos de un año, pero hacen más referencia a lugares peligrosos, presentando reiteraciones y confirmaciones entre ellos respecto a dichos lugares como potencialmente riesgosos.

De lo anterior se infiere que es importante visualizar la forma en que los estudiantes conciben las situaciones y espacios seguros, asociados a las herramientas de afrontamiento que implican, tal como se muestra a continuación

Figura 7. Percepción de seguridad y Herramientas de afrontamiento

En la figura 7 se aprecia una cercanía en los conceptos, teniendo todos pesos factoriales similares; es decir, tienen igual preponderancia en la percepción de los participantes. Aun así, es posible distinguir algunos hechos, así: sobre la derecha, y un poco dispersos, se evidencian los

inconvenientes de seguridad que aun posee la zona, donde se habla de marihuana y la venta de drogas, una venta de tomates con la que existen ciertas ambigüedades, la palabra “Sana” que es como califican a la pandilla del barrio, por las razones ya expuestas, y el cuidado que hay que tener al transitar por la zona, ya que “Hora” en esta figura representa que no a toda hora es seguro transitar. En el cuadrante derecho de la figura 7, se encuentran palabras más agrupadas que refieren a soluciones y opciones que dan para mejorar las cosas, tales como los bazares, la tolerancia, generar espacios sin ladrones, las horas seguras y la necesidad de no tener peleas en el barrio; es decir, se refieren primordialmente a tejido social y cultura ciudadana, resaltando valores como la armonía y la comunicación.

Palabras un poco desligadas del grupo superior, que aglutina la mayoría de etiquetas en esta figura, son por ejemplo “Pandilla” y “No consume” que hace referencia nuevamente a las características de la pandilla del barrio que, a diferencia de otras, es percibida socialmente por los participantes como parte importante y necesaria del barrio y no es reconocida por el consumo de drogas. En el otro extremo, es decir, sobre la derecha del gráfico, se ve la palabra seguridad, que es algo que se tiene, pero podría mejorar y que se ejemplifica con este extracto de las entrevistas:

“Yo pasé por el rio Fucha, ahí tranquila, no y nunca pasa nada, pues a mi nunca me han robado, pero si he visto mariguaneros allá en frente”.

“El problema de que les vendían (Drogas) eso eran... ya se está solucionando porque ya no les vende (a los niños más pequeños)... porque, no sé, les dio pena... y dijeron: a los niños no.”

Llama la atención que esta zona -barrio Salazar Gómez- cuenta con pocas áreas bien iluminadas, entre las que se cuentan las inmediaciones de RCN y la iglesia, por ejemplo, y este

hecho es importante solo para una de las participantes que enfatizaba en la luz eléctrica y su importancia para mitigar el miedo al delito, pero no obtuvo eco en sus compañeros, los cuales se limitan a afirmar que los espacios mejor iluminados son agradables, sin hacer referencia directa a la importancia o incidencia de la iluminación en la seguridad e incluso sin precisar cuáles son las zonas bien iluminadas del barrio, como sí lo hizo la primera estudiante que habló del tema.

Discusión

El presente capítulo se destinó para analizar, a la luz de diversos documentos y trabajo de otros autores, los aspectos más relevantes de los resultados, para terminar con unas categorías emergentes como base para proponer una tipología del miedo al delito en esta población.

Los resultados mostrados en el capítulo anterior presentan algunas ambigüedades interesantes, v.g. el reconocimiento de el barrio Salazar Gómez como espacio seguro, pero a continuación se solicita más personal de la policía en la zona y mayor frecuencia de las rondas que realizan; esto apunta a lo que Acevedo (2009) llama profesionalización de los servicios policiales, esto es: no solo la cantidad del elemento policial es crítico, sino también las acciones efectivas y eficaces que puedan realizar, mejoran la percepción de seguridad ya que, aunque Weisburd y Eck, (2006) proponen que la forma más efectiva de disminuir el delito el aumento de los efectivos policiales, que sería la propuesta y solicitud de los participantes, se encuentran sustentos a esta visión desde posturas clásicas y criminológicas como las de Cohen y Felson (1979), pero actualmente son más las voces a favor de la posición de Acevedo (2009), apoyados más en la victimología, tales como el CELS (2012) que le apunta más a la efectividad que a la cantidad, Reich (2005) que identifica incluso a los medios policiales como potencial fuente de acciones represivas que en demasía generan criminalización de conductas, San Juan, Vozmediano y Vergara (2009) que anotan la necesidad de que la policía garantice el desarrollo normal y tranquilo, sin mucha intervención reduce más el miedo al delito que el patrullar constantemente y Bauman (2007) y Ruiz (2010) quienes identifican el tejido social y las relaciones entre las personas como factores *sine quibus non* se puede alcanzar la reducción del miedo (Bauman, 2007) y el miedo al delito (Ruiz, 2010), ya que se le entrega a los ciudadanos la

posibilidad de intervenir, participar y concretar el cambio de realidades, de un lugar temible a un lugar percibido socialmente como seguro.

Se evidencian en los resultados otras paradojas, no solo referidas a la labor policial, sino también a identificar zonas como seguras, pero bajo ciertas condiciones o situaciones -como horarios- o reconociendo zonas percibidas socialmente como inseguras, pero sin conocerlas directamente -como la localidad de Ciudad Bolívar-. Esta situación puede obedecer a lo que Bauman (2007) define como un sentimiento de seguridad extendido, es decir, es claro el concepto de habitar una ciudad peligrosa, pero que no es peligrosa todo el tiempo y que, de hecho, posee más lugares, personas y hechos percibidos socialmente como seguros que lugares, personas y hechos percibidos socialmente como asociados a la delincuencia. Ante ello, Romero (2002) brinda una luz, al indicar que este margen de relativizar la peligrosidad por la seguridad extendida puede ligarse a condiciones como la letalidad de hechos acaecidos porque un hecho muy letal extiende la percepción social de peligrosidad y un hecho poco letal puede ser tolerable, desde la percepción social de una comunidad; adicional a ello surge una posibilidad interesante para analizar, ya que tradicionalmente se ha entendido, desde la criminología, que el desorden, caos o deterioro de un lugar incide en la percepción social de seguridad y aumenta el miedo al delito (Wilson y Kelling, 1982), pero los estudios recientes, desde una mirada más victimológica, apuntan a que este elemento no es tan crítico en la percepción de seguridad, ya que si una persona es cuestionada primero sobre sus percepciones sociales respecto de un lugar, la posterior evaluación de orden o desorden queda relegada a un segundo plano en la evaluación global o final sobre la peligrosidad o seguridad que se atribuye socialmente al lugar (Acuña-Rivera, Uzzell y Brown, 2011), lo cual se compadece con la afirmación de Bauman (2007) respecto a los espacios que presentan limpieza y orden aparente, pero mucha presencia de cámaras, vigilancia

privada y patrullaje constante de la policía, esto puede generar más miedo al delito y convertirse en un factor más determinante para ello que el ver desorden estructural o suciedad en el lugar. Esto implica una reafirmación desde la victimología, esto es: no se debe dar por hecho el desorden como predisponente a una percepción social de riesgo o falta de seguridad, ya que como afirma Pinto (2007) en el ambiente social contemporáneo la exigencia de orden hecha a los representantes del Estado se acompaña frecuentemente del miedo al delito, expresado por varios de los miembros de una sociedad.

En los relatos de los estudiantes se encuentran posiciones ambiguas frente a la pandilla del barrio y sus integrantes, ya que los describen como personas del barrio, con tradición familiar y sentido de pertenencia. Dado que identifican a la pandilla como necesaria para reemplazar a un sistema policial percibido socialmente por ellos como inoperante y corrupto, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID) (2010) enfatiza en la relación directa entre corrupción y la percepción social de inseguridad, lo cual explicaría el espacio abierto a los pandilleros como cuidadores de la zona. En este sentido, Sánchez (2010) acota que las poblaciones utilizan las variables, hechos y herramientas que tienen a su mano, para generar y gestionar el desarrollo de su propia comunidad, por lo cual se entendería que las pandillas son parte de esas variables disponibles en el barrio y que han logrado interiorizarse en las percepciones sociales del barrio como guardianes y que sus acciones negativas van dirigidas a aquellas personas que no pertenezcan al barrio; es decir, en el barrio Salazar Gómez la pandilla permite diferir la posible influencia negativa de la violencia y el delito en la vida diaria, concentrándolo en los que ellos consideren que no pertenezcan o reconozcan como parte de la comunidad, generando así una especie de justicia privada y un ordenamiento social del barrio que pretenden ser elementos protectores, pero que sí generan violencia, delitos e inseguridad. En ello, se puede percibir lo que

Bauman (2007) describe como una respuesta para mitigar las percepciones de miedo o más específicamente miedo al delito, ya que afirma que la sociedad es una herramienta para disminuir, superar o sobrellevar el miedo, que es en últimas el papel que han atribuido a la pandilla.

Los reportes de hechos delictivos referenciados en los *focus group* -atracos, hurto de vehículos y hurto a empresas y residencias, principalmente-, según la percepción social de miedo al delito de los participantes, dan a entender que Ciudad Bolívar, La L y el Bronx son los sitios más críticos -esto es, socialmente percibidos como más peligrosos-. Al comparar estas percepciones sociales con los datos del Observatorio de seguridad en Bogotá (CCB, 2012), se encuentra que estos lugares reportados por los participantes no presentan los niveles más altos de ocurrencia en Bogotá de dichos delitos, ya que se presentan con mayor frecuencia en las localidades de Suba, Kennedy -que fue nombrado tangencialmente-, Engativá y Usaquén. Así mismo, según los datos de dicho observatorio, los delitos más comunes de la localidad de Puente Aranda son los mismos que identifican los estudiantes: Hurto de vehículos, hurto a personas y hurto a residencias, coincidiendo algunas de las zonas que ellos nombran, de entre las cuales se destaca la calle 13. Ante esto, Bauman (2007) afirma que para un determinado grupo social, el riesgo mayor es el más cercano y la incertidumbre mayor es la más lejana; esto es, en el espacio más cercano se hacen apreciaciones influidas por la habituación al medio y sus variables, de donde se entiende que los actos delictivos o riesgosos en su entorno más próximo, son entendidos como riesgos, con probabilidad de ocurrencia, pero cuyos daños colaterales son tolerables; en contraposición, el entorno más lejano tiene una percepción social diferente, ya que los cimientos en que se fundamenta esta percepción social no son muy fuertes y no provienen de experimentación directa sino más bien de supuestos y prejuicios que se van dogmatizando y

aceptando sin mayor análisis o refutación, lo cual le da esa característica de difuso, pero a su vez de incertidumbre, porque no hay control ni sobre su peligrosidad ni sobre sus consecuencias.

Se presenta, por tanto, una especie de acostumbramiento o habituación ante algunas malas condiciones de seguridad y se genera la percepción social de los zorreros, los ñeros y los pobres, proveniente de la aceptación del hecho que es normal que estén mal, porque así debe ser. Tal como afirman Azaola y Ruiz (2009) existen algunas percepciones sociales ligadas a las situaciones de pobreza, tal como pensar que la pobreza implica necesariamente inocencia o que solo los pobres pagan condenas en prisión, ya que sus características así lo implican, dándose así una situación de auto-justificación, donde son pobres por sus condiciones, pero hay que aceptar que hay gente pobre y no se puede hacer nada para evitarlo, esto implica una aceptación de que la pobreza, no solo existe, sino que debe existir y por ello es aceptable y terminan por acostumbrarse. Será necesario entonces, a manera de recomendación, seguir las recomendaciones de algunos autores como Pinto (2007) y Páez (2009) que reconocen lo determinante que puede ser la pobreza en las conductas delictivas, pero enfatizan que no todo pobre es ladrón ni todo ladrón es pobre, por lo tanto si hay alternativas para disminuir la percepción social de miedo al delito aun en condiciones de pobreza, tales como disminuir la exclusión social de la población pobre, o vincular problemas morales al análisis de las condiciones de pobreza para no permitir al resto de la población el acostumbrarse a la pobreza, ni mucho menos naturalizarla en los contextos delictivos, e igualmente evitando una política criminal punitiva con la pobreza. Esta ultima posición esbozada es, de hecho, la tendencia en política criminal y victimología, ya que se ha priorizado el rol de la población pobre como la más vulnerable puesto que, dicho en términos de Bauman (2007) ser pobre es estar en peligro, debido a que ante los problemas y retos de la vida, no contarían con las mismas herramientas, redes de

apoyo y recursos que los más ricos; si se pone de presente que estas características son las que cimientan y conforman los recursos necesarios para superar el miedo, se entiende que el pobre no solo es víctima sino que también está en desventaja para recuperarse de los miedos, incluidos los miedos socialmente percibidos, como el miedo al delito.

Estas situaciones hacen evidente la importancia del tejido social y la organización comunitaria como herramienta de acción para contrarrestar el miedo al delito y este elemento se encuentra presente en las entrevistas cuando se habla de temas como la junta de acción comunal, los presidentes de dichas juntas y sus buenas acciones, el impulso que ha tenido el barrio cuando han tenido líderes que canalizan los potenciales de sus habitantes, entre otros. Autores como Gómez (2007), Ruiz (2007), Bauman (2007) y Cisneros y Cunjama-López (2011), realzan la importancia del tejido social dado que es una parte constitutiva de la sociedad actual, que es un insumo básico para asimilar y superar los retos, es una forma de potenciar y fortalecer la percepción social de seguridad, genera una disminución de la victimización, desde acciones sencillas como el cumplimiento de normas y la participación comunitaria en instancias de decisión.

Pero en esta organización de tejido social pueden suceder algunos fenómenos particulares; así, Bauman (2007) explica que en grupos pequeños se facilita la globalización, tanto a nivel cultural como económico y por ende la violencia, el desorden o el peligro provienen de muchas fuentes y amenaza constantemente el orden social que equilibra sus macro y micro relaciones, haciéndose así algo impreciso de manejar y por ello produciendo percepciones sociales de incertidumbre, ya que hay variables que no se pueden controlar y tan solo en algunos casos es posible, a lo sumo, mitigar pero no erradicar. Adicionalmente, en grupos sociales pequeños se facilita una identificación sectaria y apriorística de pensar que existe un “Nosotros”

y un “Ellos”, generando así percepciones de amenaza frente a los que “no pertenecen”, tal como expresaban los participantes frente a los barristas, los ñeros, los zorreros, etc. Con estas afirmaciones concuerdan otros autores, tales como De Roux (2005) quien señala como una de las posibles fuentes de ese miedo, la sensación de estar señalado permanentemente por la sociedad, por sentir que no se puede cumplir con todos los requerimientos y en ese sentido es mejor señalar a los demás antes de ser señalado como peligroso.

Las relaciones de amistad y todas las vivencias que han tenido en el colegio, hacen que la institución les brinde seguridad y genere espacios confiables para ellos, hasta tal punto que algunos perciben la casa como más insegura que el colegio; es de resaltar que en algunos participantes el sentimiento de seguridad se cimienta en conocer a personas consideradas “peligrosas” y “líderes” entre los delincuentes, por lo cual consideran que son, en cierto grado, “intocables” para los asaltantes y pandillas locales. De hecho, presentan como muy valioso el hecho de tener y generar confianza entre las personas del barrio e igualmente prefieren sentirse respaldados por un grupo, a afrontar situaciones solos; sin embargo, acompañan estos relatos con frases contundentes como “No tengo amigos”, “la amistad no existe” e inmediatamente dan a entender lo opuesto.

Esto es explicado por Bauman (2007) al afirmar que la modernidad ha implicado que las personas no generen relaciones sociales o de amistad muy profundas; en cambio de ello, se generan gran cantidad de relaciones, principalmente de amistad, aunque también se incluyen las relaciones afectivas y/o de pareja. Así, se puede generar en los adolescentes la sensación de estar apoyado o respaldado por un grupo social cercano a su vivienda, pero en los momentos más críticos de su vida, se sienten desolados o desamparados, ya que lo superficial de las relaciones establecidas no permite generar vínculos importantes que se sientan como un respaldo en las

crisis o retos que se presentan, tanto en la vida diaria, como en aspectos más trascendentales o profundos. Un importante factor emergente del *focus group* fue el papel determinante de las amistades y relaciones sociales que pueden mediar sus acciones y los resultados de las mismas, ya que al tener amigos se sienten más seguros y actúan con más firmeza, pero en acciones individuales se evidencian más miedos y carencias de herramientas para transformar las variables indeseables de su barrio.

Sin embargo, consideran que el tejido social puede jugar un papel preponderante en la conservación de la seguridad y la erradicación de los problemas, o dicho de otra manera, en la disminución del miedo al delito y el mantenimiento de la percepción de seguridad donde ya la hay; es así como la Junta de acción comunal es repetidamente nombrada como un ente importante, que ha decaído en su accionar, pero que puede aportar mucho en mejorar el barrio, situación homologable a sus percepciones sociales respecto a la policía, a la cuál se le exige más participación y compromiso para mejorar las situaciones que aún no son aceptables.

Por lo anterior, se puede afirmar que el tiempo que se lleva conociendo la zona afecta los relatos, siendo muy preventivos al iniciar, algo imprecisos posteriormente, luego se refieren a percepción de seguridad y finalmente se llega a tener tan caracterizado al barrio que, diversas personas coinciden en sitios y personajes que pueden ser seguros y aquellos que generan miedo al delito. Análogamente se ha percibido, por parte del investigador, que la zona no tiene espacios muy amplios debido probablemente a las bodegas e industrias de la zona, lo cual genera andenes muy pequeños, construcciones altas e iluminación insuficiente, lo cual solo es nombrado explícitamente por uno de los participantes; llama la atención, sin embargo, que los lugares referidos como peligrosos son, en general, los más oscuros de la zona, v.g. la zona industrial.

Llama la atención que las redes sociales virtuales, así como la relación de los adolescentes que componen el grupo con respecto a las nuevas posibilidades tecnológicas son un hecho muy poco referenciado, ya que se nombran más como herramientas de apoyo y de posibilidades de establecer relaciones superficiales y sin mayores compromisos, que como un riesgo o fuente de miedo al delito. Este proceso se puede entender como homólogo a la percepción de baja vulnerabilidad que suelen tener los adolescentes en sus actividades diarias (Wilson y Kelling, 1982 y Narvaez, 2009), es decir: pese a presentar mayor incidencia de delitos tales como hacking, grooming, ciber acoso, etc., se debe primordialmente a que son los que más utilizan estos medios, no por ser demasiado ingenuos o descuidados; sin embargo, valdría la pena estudiar específicamente las percepciones sociales de esta población respecto a los espacios virtuales.

Se evidencian lugares con implicaciones muy ambiguas y esa sería la primera categoría para la tipología: lugares y personajes ambiguos entre los cuales se destacan la pandilla, la calle 13 y RCN televisión. Estos personajes y lugares generan igualmente sentimientos negativos y positivos, apareciendo frecuentemente en sus relatos y siendo muy importantes en su vida cotidiana; las hay cercanos y la ambigüedad suele provenir de las consecuencias que generan, que están fuera del control de los estudiantes y los hay lejanos y casi míticos, donde la ambigüedad procede de la falta de conocimiento directo del lugar o la persona, pero realmente se percibe la connotación negativa que les genera por los relatos que terceras personas hacen de ellos y se plantea ahí su ambigüedad, porque se oyen tan peligrosos que es mejor no experimentarlos de primera mano, pero es claro que mucho de lo que dicen es solo mala fama y por eso le dan el beneficio de la duda.

Existen otros lugares y personajes percibidos socialmente como seguros, que conformarían la segunda categoría, cuya rememoración genera en el estudiante gratos recuerdos y que, pese a haber sufrido cosas negativas, estas se ven opacadas por lo bueno que han vivido en esos lugares o con esas personas. Tal es el caso del parque Simón Bolívar, el Colegio Antonio José de Sucre I.E.D., la Junta de acción comunal y la localidad 16 en general, los cuales no necesariamente los protegen del delito, pero tienen una percepción de seguridad, ya que este concepto implica desarrollo en varios aspectos y la seguridad solo es uno de ellos; la seguridad de estas personas o lugares parece estar relacionada con la sistemática y reiterada presentación de opciones, ya que en el parque se distraen, se divierten y ofrece posibilidades que no tienen en casa; el colegio es un espacio que, para algunos estudiantes, resulta más agradable y deseable que la casa y la Junta de acción comunal representa la convergencia de todas las características que, idealmente, debe tener un ciudadano para vivir armónicamente y como tal funge como herramienta de control social y de apoyo comunitario, siendo así el espacio donde se puede encontrar elementos para hacer la diferencia y mejorar en su calidad de vida, es decir, su percepción de seguridad.

Los lugares y personas de las cuales es mejor no hablar mucho, constituyen la tercera categoría, los cuales se pueden denominar omitidos, entre los cuales se encuentran la olla del barrio, los potreros, los fleteros y Bosa. Son sitios y personas que dan por descontado que representan peligro, pero puede ser contraproducente hablar de ellos; Bosa, por ejemplo, es la segunda localidad que más estudiantes aporta al colegio (después de la propia Puente Aranda) y dado el tamaño del colegio, lo que se dice en un espacio es fácilmente conocido por muchos estudiantes del colegio, de otros grados e incluso de la jornada contraria, porque en general se conocen todos y por tanto hablar mal de Bosa es ganarse un potencial problema con muchos

estudiantes; de la olla no se dice la ubicación exacta (aunque dan a entender que si la saben) ya que no quieren problemas al poder ser percibidos como “sapos” y la nombran tangencialmente pero cambian el tema. Igualmente hay muchos rumores cuando se habla de las acciones de fleteros en el barrio, lo cual es atribuible a que los informes policiales que han llegado al colegio es que muy probablemente los fleteros son habitantes de la zona y puede pasar como con la pandilla, que algunos están relacionados con ellos, pero a diferencia de la pandilla, estos personajes si son evidentemente peligrosos y es mejor evitar tan solo el hablar mucho de ellos; los potreros son ubicados como temibles y el acto asociado a ellos es el abuso sexual y dado que ninguno conoce de casos de abuso sexual en la zona, pero sí reportan aversión a estos espacios por el crimen asociado a ellos, se muestra un temor latente, del cual es mejor ni hablar, porque en últimas no hay por qué preocuparse de lo que aún no está sucediendo.

Otro tipo de lugares y personas, que conformarían la cuarta categoría de la tipología, son aquellos que generan miedo al delito, tales como los puentes peatonales y vehiculares, los ñeros y otros colegios. Las estructuras necesarias para los puentes, facilitan el accionar, huida y escondite de potenciales agresores y por la ubicación del colegio, esto es claramente reconocido en la zona, ya que los puentes son catalogados como “morideros”, es decir, lugares con alta probabilidad de sufrir algún tipo de daño o atentado; crítico en esta situación resulta el aspecto de la iluminación solar, ya que la Calle 13 es reconocida como de cuidado en las mañanas, pero sumamente peligrosa en la noche y madrugada. La forma particular de vestir y actuar de algunas personas le permite a los muchachos categorizarlos como miembros de grupos sociales, estratos específicos y condiciones particulares, de dichas descripciones se destacan los ñeros, que son personas agresivas, poco educadas y potencialmente violentas, ya que están acostumbradas a obtener lo que quieren sea de forma lícita o ilícita –según ellos narran-, por lo cual generan

automáticamente prevención y conductas de evitación y huida frente a posibles interacciones con ellos; con los colegios de la zona parece funcionar otra lógica, ya que se percibe una sobrevaloración de las calidades del colegio –por ejemplo, que no tiene ñeros a diferencia de todos los demás- y una subvaloración de los valores propios de los otros colegios y sus estudiantes; esto responde al esquema ya explicado de “nosotros” y “ellos”, donde se aprecia como positivo todo lo propio y como amenazante y poco deseable lo que le es propio a los demás.

Finalmente se encuentran lugares y personas que les generan pocas opiniones o cuya relevancia no es clara, que serían la quinta categoría de personas y lugares neutrales; ejemplo de ello son la policía, los lugares mal iluminados, los barristas y la Avenida de las Américas. Se caracterizan estas personas y lugares por estar influenciando claramente sus vidas, pero cuyo impacto es descartado por los participantes. Así, si bien es cierto que las barras futboleras han causado disturbios y problemáticas en toda Bogotá, se considera que los barristas de Puente Aranda son poco problemáticos, que no generan desórdenes y que existen, pero que no afectan sus vidas, pese a que en ocasiones algunos barristas han amenazado con agredir a los barristas del colegio, pero esto es descartado o minimizado por los estudiantes; en forma análoga, la policía colabora mucho con la seguridad del colegio cuando es requerida para ello, pero evidenciando poca actividad de patrullaje y control rutinario, ya que solo aparecen cuando se les llama, por lo cual los miembros de la comunidad, entre los cuales se encuentran los estudiantes del colegio, no consideran que sean factor importante en sus vidas y les gustaría que hicieran más presencia; de los límites territoriales identificados -Calle 13, Avenida de las Américas y Avenida 68- la Avenida de las Américas es la más neutral y menos nombrada, probablemente porque concentra industrias y comercio, no casas ni colegios, lo cual genera poco tránsito por

parte de los estudiantes que reconocen su importancia en general, pero no genera mayor impacto en sus rutinas.

Para ver mejor estas zonas se presenta la siguiente figura:

Figura 8. Comparación de peligrosidad en Bogotá y resultados de la investigación.

En esta figura se aprecia, en la parte izquierda el mapa publicado en la versión electrónica del diario El Espectador, <http://m.elespectador.com/noticias/investigacion/articulo-330090-31-zonas-mas-peligrosas-de-bogota>, el cual presenta tres colores para simbolizar el nivel de riesgo que presenta esa zona en Bogotá, refiriéndose a situaciones de peligro en las localidades, basado en los reportes de criminalidad en el año 2012, del observatorio de seguridad de la CCB, donde rojo son las zonas con más riesgo, amarillo son las zonas de riesgo medio y las verdes zonas de bajo riesgo, referido a criminalidad, contaminación, venta y tráfico de estupefacientes, negocios de fuerte impacto como wiskerías, casas de lenocinio y demás, zonas de rumba, homicidios y lesiones personales, hurtos a personas, casas y vehículos, entre otros indicadores que serían homologables a la percepción de seguridad, pero no desde las percepciones sociales sino desde datos y reportes oficiales. Las zonas de Bogotá donde no hay colores no reportan riesgo, según los criterios descritos y resulta ser que dentro de estas zonas sin riesgo está la localidad 16 de Puente Aranda.

Para comparar, se diseñó el mapa de la derecha, donde se ubican las zonas nombradas por los estudiantes, donde se presentan los lugares seguros en verde, ubicados en Puente Aranda y el parque Simón Bolívar de la localidad de Teusaquillo. En azul se presentan los lugares omitidos, que en el mapa se presenta en la localidad de Bosa. En color morado se representan los lugares ambiguos, ubicados en la localidad de Ciudad Bolívar. Pese a que la tipología emergente está compuesta por 5 categorías, solo se ilustran las primeras categorías, ya que las dos últimas -esto es, lugares que generan miedo al delito y lugares neutrales- son representadas en los relatos de los participantes en lugares imprecisos, tales como los puentes peatonales o sitios oscuros; otra forma de representarlos fue mediante personas, tales como los ñeros o los barristas, pero ni estos personajes ni los lugares nombrados pueden ser ubicados en un mapa.

Al comparar los dos mapas se obtiene que efectivamente la zona segura de Puente Aranda es común a los dos gráficos, en tanto que el parque Simón Bolívar de Teusaquillo aparece referenciado como de peligrosidad baja y para los estudiantes es seguro. Bosa aparece como riesgo medio y alto en algunas zonas, en tanto los estudiantes concuerdan, pero prefieren no referirse en profundidad al tema. Ciudad Bolívar que aparece como ambiguo para los estudiantes, tiene un nivel de riesgo bajo en algunas zonas, pero en general se puede decir que son resultados similares en esta localidad. Por tanto, solo habría una diferencia en la zona de Teusaquillo referida al parque Simón Bolívar y en las demás zonas hay un buen nivel de concordancia entre los datos del 2012 y la percepción de seguridad y miedo al delito de los participantes del estudio.

Si adicionalmente se consideran los resultados de la Corporación Arcoiris (2011), procedente de su observatorio de seguridad, vale la pena resaltar que en dichos resultados se nombran lugares específicos de las localidades y sus problemáticas, de las cuales algunas

presentan coincidencias con los resultados de los *focus group* realizados en la presente investigación. Así, en el informe citado se encuentra venta de drogas, una alta tasa de homicidios y presencia de centros delincuenciales u “ollas” en los barrios Lucero alto, medio y bajo de ciudad Bolívar, así como ollas en el Bronx y cinco huecos y una presencia importante de homicidios en Bosa, así como tráfico de drogas en Bosatama y Bosa verde, por lo cual se puede afirmar que estos lugares, que tienen representaciones sociales negativas para el grupo estudiado, efectivamente presenta problemas de seguridad. Ciudad Bolívar y el Bronx presentan estadísticas altas, en tanto que Bosa tiene menor incidencia criminal e incluso se puede sectorizar la venta de drogas en una pequeña porción de esta localidad.

Ahora bien, estos resultados resultan consistentes con varios de los postulados que presenta Bauman (2007). Así, se presenta una relativización de la peligrosidad que tradicionalmente que ha asociado a Ciudad Bolívar; para los participantes del estudio, mucho de lo que se escucha o teme de esta localidad es procedente de la fama que tiene la zona y no de hechos reales, lo cual es respaldado por el mapa de peligrosidad del 2012 presentado en la figura 7. Este cambio está en concordancia con la descripción de modernidad del miedo líquido, que postula una serie de relaciones sociales e inter personales que fluctúan y varían relativamente rápido y donde las manifestaciones de miedo, inseguridad y sus consecuencias aumentan y disminuyen con la misma facilidad. Es decir, esas zonas tradicionalmente peligrosas o fuera del alcance de las autoridades y que por años recibía esos estigmas, parece ser ahora reemplazado por una serie de situaciones que fluctúan y se desplazan por toda la ciudad, hacia las zonas donde se brinden las condiciones adecuadas que, dentro de la dinámica de la modernidad, no son siempre las mismas ni es muy perdurable la instalación de las problemáticas en lugares permanentes o estáticos.

Se habla también, desde el miedo líquido, de tres referentes importantes para generar los miedos en los individuos, que serían el miedo a sufrir daño físico en el cuerpo o las propiedades, miedo a ver afectado el orden social y miedo a bajar de jerarquía en el lugar que se ocupa en el mundo; estas características son las que permiten integrar tanto la percepción de seguridad como el miedo al delito en esta teoría, ya que no solo refiere a los daños y sus consecuencias *a priori* e incluye situaciones macro, tales como decisiones políticas, estado de la economía, implicaciones culturales, entre otros, lo cual se evidencia en el relato de los estudiantes cuando se habla de la falta de empleo como generador de violencias y caos social, cuando refieren la posibilidad de fortalecer el tejido social como herramienta crítica y central para mejorar las situaciones más críticas del barrio, lo cual se evidencia en la solicitud de presencia policial, en fortalecer y revitalizar la junta de acción comunal y las relaciones de pertenencia al colegio, como unidad social básica en su vida diaria. Concuerdan, por tanto, Bauman (2007) y los estudiantes en nombrar las estructuras sociales macro, tales como el Estado o la política social, que para Acevedo (2008) se produce naturalmente en la vida social contemporánea que ha generado procesos donde se excluye al estado y sus controles, para ser reemplazado por una mercantilización, donde el acceso a la seguridad se ve supeditado a la capacidad económica de las personas; en el caso de los participantes de la investigación, esto se evidencia en las referencias a la seguridad privada de RCN como fuente inequívoca de seguridad para la zona circundante al colegio.

Cuando se priorizan hechos positivos por encima de los daños recibidos, en un mismo espacio, tal como sucede en el parque Simón Bolívar, donde han compartido muchas experiencias y que es frecuentado por gran parte de los participantes, de entre las cuales se destacan los momentos de esparcimiento y alegría, se puede afirmar que desde la óptica del

miedo líquido que son consientes de los riesgos que presenta su mundo, es decir, conocen muchas situaciones a las que se pueden exponer, algunas de las cuales salen de su control en pequeña o gran medida -tales como los robos e intentos de robo que relatan en este espacio- pero los hechos negativos se convierten en anécdotas que incluso generan risa y fortalecen los grupos de estudiantes que las comparten; es decir, conocen los riesgos del mundo, pero no se paralizan por el miedo que puede generar el vivir actos violentos.

Una característica de las personas que pueden asumir estas características típicamente modernas -es decir, lo efímero de las situaciones y la priorización de los eventos positivos por encima de los negativos- es que se presentan una relativización del miedo y lo transforman en amenazas, es decir, llevan las situaciones de algo inminente a algo probable. Dado que desde el miedo al delito se propone que esta acción de relativizar los miedos se asocia con la capacidad de resolver conflictos y con algunas características de conciliación y medición, se podría explorar, en futuras investigaciones, grupos que como el estudiado presenten buena adaptación a la modernidad y determinar sus capacidades conciliatorias y de mediación, para saber si existe o no la correlación propuesta en esta teoría.

Pero los postulados del miedo líquido advierten que el recurso de llevar el miedo al término de riesgo, o lo que es lo mismo, llevar una certeza de daño a la mera posibilidad, puede generar una consecuencia y es que el riesgo como probabilidad implica poder predecir o anticipar hechos y consecuencias, lo cual se hace progresivamente más difícil en la modernidad, cuya característica primordial es el constante y acelerado cambio de los escenarios sociales y personales; esto significa que las relaciones tienden actualmente más a lo acelerado y descontrolado y por ende no muy predecible, lo que implicaría pocas posibilidades de llevar el

miedo a riesgo, generándose entonces incertidumbre, es decir, se pasa de miedo a riesgo y se llega a la incertidumbre, que también puede limitar al sujeto.

Una alternativa de investigación que surge del presente trabajo es poder estudiar grupos en lapsos de tiempo más largos, de manera tal que se permita determinar si las acciones de estos grupos que actúan en forma “tan líquida” como la realidad moderna, efectivamente se basan en procrastinar la frustración proveniente del delito o la violencia, pero olvidan fortalecer o reforzar las gratificaciones obtenidas en su vida; para ello, se haría necesario centrarse en una problemática o amenaza en particular y estudiar en diversos momentos de la vida del sujeto o sujetos si sus estrategias tienden en uno u otro sentido, es decir, si aplazan frustraciones o buscan efectivamente gratificaciones.

Cuando se habla de acciones de promoción o prevención tendientes a generar espacios y condiciones favorables para la disminución del miedo al delito e incluso mejorar en la percepción de seguridad, esta teoría propone el mejoramiento o reforzamiento del tejido y redes sociales en que se encuentra un sujeto; y por mejorar la percepción de seguridad no se debe entender la negación de eventos emergentes o presentes que afecten al individuo, de manera tal que se percibe mejoría en el entorno a costa de ignorar, minimizar o negar la realidad, se refiere más bien a que esa percepción es un indicador sensible del estado general de una comunidad y por tanto, la acción comunitaria es un contexto ideal para enfocar los recursos y planes tendientes a mejorar la criminalidad, la peligrosidad y la percepción de seguridad en una comunidad determinada.

Los resultados presentados evidencian que esta población, va acorde a la situación efímera de la inseguridad, ya que reconocen y explicitan que algunos lugares reconocidos como peligrosos, no lo son tanto y afirman que conocen de dicha peligrosidad por terceras personas o

por los medios masivos de comunicación, cayendo así en lo que Pinto (2007) llamó “la utopía de pureza” que consiste en generar un permanente estado de zozobra para exigir una perfección social inalcanzable, con el objetivo de naturalizar prácticas excesivas o muy restrictivas de los derechos, se conviertan en una regla aceptada socialmente; dicho análisis proviene de la lectura que hace este autor de Bauman (2007), refiriéndose así otra característica explicada desde el miedo líquido, esto es, la supuesta peligrosidad de ciertos lugares, personas o eventos es beneficiosa para algunos intereses y se puede, por ejemplo, mercadear con la sensación de inseguridad, presentar lugares como más seguros “en comparación” con aquellos estigmatizados y utilizar así a “los otros” para que en comparación las cosas en el resto de la ciudad se vea mejor, sin haber tenido que esforzarse en nada para mejorar las cosas, ya que si hay un lugar satanizado e identificado como foco del problema, se pueden tapar los problemas de las demás localidades. Por ello, la recomendación hecha en el texto de “El miedo líquido” es cuidar y evaluar permanentemente el mercadeo del miedo, analizando a quién beneficia que existan ciertos miedos.

Si se piensa en la caracterización que hacen los jóvenes, donde la localidad de Puente Aranda se reconoce como segura y adicionalmente cuentan con soportes sociales definidos - colegio, familia, etc.- se puede deducir, desde el miedo líquido, se entiende por qué los barristas de la zona no se perciben tan agresivos como los de otras localidades cuando postula que los valores construidos en comunidad refuerzan los lazos del tejido social y por tanto, ya que esta localidad es pequeña y de hecho buena parte de la localidad es industrial, las zonas habitacionales son relativamente pocas y el costo de arriendos y servicios es alto, se genera dos perfiles de habitantes que son las familias tradicionales y que se conocen entre sí y un segundo grupo de personas que llega y no puede establecerse, por lo cual se van en términos de un año

aproximadamente; por lo anterior, los barristas tradicionales del barrio se conocen entre sí y aunque sean de equipos contrarios, reconocen lazos fuertes entre ellos y sus familias y eso disminuye la probabilidad de agresión, en tanto que los barristas provenientes de las familias que no se establecen no llegan a tener espacios para influenciar negativamente a los demás.

Si se piensa en las situaciones y espacios que generan miedo al delito e incluso a aquellas de las cuales es preferible no hablar, esta teoría aporta una posible explicación y es que los miedos se hacen difusos y difíciles de controlar cuando existe pérdida de control en las situaciones que generan la amenaza y terminan generando miedo; para verlo en un ejemplo, la localidad de Bosa aporta muchos estudiantes y el flujo de dicho personal sale del control de los estudiantes, presentando así un número importante de personas con intereses similares, que comparten el espacio con los de la localidad, pero con historias de vida, experiencias, valores y tejido social diferente, todo lo cual supera con creces sus niveles de control, por lo cual es mejor omitir comentarios respecto a la zona, de la cual se reconoce como peligrosa, pero es mejor no herir susceptibilidades y no profundizar en comentarios al respecto, evidenciando así un evidente miedo, más hacia la localidad que hacia sus habitantes.

Ahora bien, cuando la teoría del miedo líquido refiere a la modernidad como una búsqueda de la felicidad, en un campo de permanente cambio -por lo cual es denominado como líquido-, provee una interpretación del porqué en lugares como el parque Simón Bolívar predominan más las anécdotas positivas que las negativas, es decir, ya que es un espacio donde pasan muchas cosas buenas y algunas malas, su enfoque moderno de comprender la vida y por tanto de buscar la felicidad, los compele a destacar hechos positivos, minimizando o relativizando los hechos negativos.

El reclamo hecho a las entidades de control, como la policía, frente a su mínima capacidad de reacción frente a los problemas del barrio, se compadece con la descripción que hace Bauman (2007) de la crisis de la edad moderna respecto a las relaciones humanas con aquellos que no conforman la familia, dado que las necesidades se han vuelto dinámicas y rápidas, en tanto que las instituciones son más lentas y se perciben rezagadas respecto a las necesidades de los grupos sociales, lo cual genera incertidumbre y pérdida de confianza principalmente porque la falta de regulación normativa de la autoridad o la fuerza pública, es una de las principales fuentes de miedo, generando la idea que la autoridad es insuficiente y desigual.

Aún más, si se le suma el hecho de pertenecer a un colegio público, lo cual también posee su propio estigma e implicaciones en términos de percepciones sociales, resulta que existe conciencia del abismo entre las opciones y prebendas que tienen los poderosos y aquellas nimias oportunidades de aquellos que no detentan poder y por tanto aparecen las alusiones que hacen los estudiantes a la falta de oportunidades, a una sociedad desigual y a la necesidad de generar cambios sociales a gran escala, para mejorar en términos de miedo al delito y percepción de seguridad.

Así, la teoría del miedo líquido enciende una alarma al respecto, resaltando que no se puede limitar el cambio social a una redistribución social de los miedos sino que se debe propender por la reducción del volumen de miedos al habitante de un espacio determinado, lo cual sugiere una nueva investigación: ¿Disminución real del miedo al delito en la localidad o redistribución a personas más marginadas y con menos oportunidades?.

Ya que la propuesta de la investigación es presentar una tipología de lugares considerados peligrosos por los participantes, vale la pena resaltar que esta tipología, la comparación con los datos del 2012 respecto a seguridad en Bogotá y la interpretación de resultados, además de la

discusión, se realizaron enfocando teóricamente la investigación en los postulados de Bauman (2007) y su teoría del miedo líquido, la cual aparece transversal a todo el trabajo y va desde la fundamentación teórica hasta la misma discusión, por lo cual es válido afirmar que esta teoría provee en sí misma un sustento suficiente a los fenómenos estudiados y a la interpretación de los datos hallados, por lo cual una última recomendación procedente de la presente investigación es considerar estos postulados como una explicación y guía de interpretación completa y válida, por sí misma en este tipo de fenómenos.

Referencias

- Acevedo, S. (2008). *Distribución desigual del temor al delito según nivel socioeconómico: Análisis de comunas del Gran Santiago*. Tesis para optar al título de sociólogo. Santiago : Universidad de Chile, facultad de ciencias sociales.
- Acevedo, S. (2009). *Diagnóstico y propuesta de mejoramiento de gestión en los planes regionales y comunales de seguridad pública*. Tesis para optar al título de magister en gestión y políticas públicas. Santiago : Universidad de Chile, facultad de ciencias físicas y matemáticas, departamento de ingeniería industrial.
- Ackah, Y. (2000). *Fear of crime among and immigrant population in the Washington D.C. metropolitan area*. Journal of Black Studies, n. 4, vol. 30, Washington.
- Acuña-Rivera, M., Uzzell, M. y Brown, J. (2011). *Perceptions of disorder, risk and safety: The method and framing effects*. Psychology: Bilingual Journal of Environmental Psychology, Volume 2, Number 2, May 2011 , pp. 115-126(12)
- American Psychological Association (APA) (2002). *Ethical principles of psychologists and code of conduct*. Recuperado de <http://www.apa.org/ethics/code/index.aspx>
- Azaola, E. y Ruiz, M. A. (2010). *De este delito por el que vengo*. Sistema penal. Revista de ciencias penales. Enero-Marzo 2010 No.7. ISSN 1870-9605.
- Banco Interamericano de Desarrollo (BID) (2010). *Metodología para el diagnóstico, prevención y control de la corrupción en programas de seguridad ciudadana*. Documento de debate # IDB-DP-117, preparado por Mauricio García Mejía para el BID. Santo Domingo : BID.
- Bannister, J. y Fyfe, N. (2001). "Fear and the city". En: *Urban Studies*, Vol. 38, N° 5-6, 807-813.

- Baratta, A. (2004). *Criminología crítica y crítica del derecho penal: introducción a la sociología jurídico penal*. Buenos aires : Siglo XXI.
- Bauman, Z., (2007). *Miedo líquido: la sociedad contemporánea y sus temores*. Barcelona: Paidós.
- Becué, M. (1999). *Manual de introducción a los métodos factoriales y clasificación con SPAD*. Servei d'Estadística Universitat Autònoma de Barcelona.
- Berger, P. y Lukman, T. (2001). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires : Amorrortu.
- Birman, J. (2000). *Mal-estar na atualidade: a psicanálise e as novas formas de subjetivação*. Río de Janeiro : Civilização brasileira.
- Cámara de Comercio de Bogotá (CCB) (2012). *Observatorio de seguridad en Bogotá, balance primer semestre de 2012*. Bogotá : Cámara de Comercio de Bogotá.
- Centro de estudios legales y sociales, CELS (2012). *Derechos humanos en Argentina. Informe 2012*. Buenos aires : Siglo XXI editores. ISBN 978-987-629-215-3.
- Cisneros, J. y Cunjama-López , E. (2011). *El color del miedo bajo el desorden del paisaje urbano en la Ciudad de México y la zona metropolitana*. Revista criminalidad, Vol. 53, No. 1, Ene-Jun 2011, Bogotá. ISSN 1794-3108.
- Cohen, L. y Felson, M. (1979). *Social change and crime rate trends: a routine activity approach*. American Sociological Review, Vol 44, Pages 588-608.
- Colombo, Dávalos y Palavecino (2011). *Juventud, policía y delito en la Provincia de Santa Fe. El caso de las ciudades de Reconquista y Avellaneda*. Revista pensamiento penal, edición 126 - 17/06/11. ISSN 1853-4554

Córdova, R. (2004). *¿Delincuentes o víctimas?: Migrantes rurales indocumentados mexicanos en las ciudades de Estados Unidos*.

Corporación Arcoiris (2011). *Seguridad urbana en Bogotá*. Recuperado de http://www.arcoiris.com.co/wp-content/uploads/2011/informes/seguridad_bogota_multi/mapadrogas.html

Corraliza, J. y Fernández, B. (1997). *Hacia una tipología de lugares peligrosos en relación con el miedo al delito*. Psychosocial Intervention, ISSN 1132-0559, Vol. 6, N° 2, 1997, pág. 237-248.

Cubells, J. (2002). *Construcción social del delito: Un estudio etnográfico en la práctica del derecho penal*. Tesis para optar al título de doctora en psicología social. Santiago : Universidad de Chile, facultad de ciencias físicas y matemáticas, departamento de ingeniería industrial.

Damasio, A. (2001). *La emoción de lo que ocurre*. Madrid : Debate.

De la Cuesta, P. (1994) *¿Qué es la victimología?*. Apuntes de psicología www.universia.net.co

De Roux, F. (2002). *Reflexión sobre ética y conflicto social*. Artículo en Ética y bioética (Memorias de la cátedra Manuel Ancízar. Compiladora Beatriz Peña. Bogotá : Universidad Nacional de Colombia.

Departamento Administrativo de Bienestar Social del Distrito, DABS (2004). *Política por la calidad de vida de niños, niñas y adolescentes Bogotá 2004 – 2008*. Bogotá : DABS.

Deutsch, A. (2007). *Secuelas de la tortura en el individuo, la familia y la sociedad*. Atención integral a víctimas de tortura en procesos de litigio. Aportes psicosociales. San José, C.R. : Instituto Interamericano de Derechos Humanos (IIDH).

Easterbrook, J. (1959). *The effect of emotion on cue utilization and the organization of behavior*. Psychological review 66. University of New Brunswick.

- Echeverri, M.C. y Maca, D. Y. (2006). *Representaciones sociales de Justicia Restaurativa en una comunidad marginal* en Papers on Social Representations. Vol 15 Pag 2.1-2.19
- Escobar, J. y Bonilla-Jiménez, F. (2009) *Grupos focales: una guía conceptual y metodológica*. Cuadernos hispanoamericanos de psicología, vol. 9 no. 1, 51-67. Bogotá : Universidad el Bosque. ISSN 1657-3412.
- Fernández, J. (2005). *Seguridad humana*. Barcelona : Universidad autónoma de Barcelona. (Trabajo de grado).
- Foster, S. y Giles-Corti, B. (2008). *The built environment, neighborhood crime and constrained physical activity: An exploration of inconsistent findings*. Preventive Medicine. 47, 241-251.
- Gómez, N. (2007). *Víctimas sobrevivientes de masacres: Daño psico social y estrategias de reparación*. Atención integral a víctimas de tortura en procesos de litigio. Aportes psicosociales. San José, C.R. : Instituto Interamericano de Derechos Humanos (IIDH).
- Gutiérrez de Piñeres, C. (2010) *Revisión sobre la definición de Psicología Jurídica*. Revista diversitas - perspectivas en psicología - vol. 6, no 2, ISSN: 1794-9998, pp. 221-235.
- Hahm, J., Ki, H., Jeong, J., Hoon, D., Hyeon, H., Sim, K. y Lee, J. (2009). *Detection of concealed information: Combining a virtual mock crime with a P300-based guilty knowledge test*. Cyberpsychology & behavior. Volume 12, Number 3, 2009. DOI: 10.1089/cpb.2008.0309.
- Hernández, R., Fernández-Collado, C. y Baptista, P. (2006). *Metodología de la investigación*. Cuarta edición. México : McGraw Hill.

- Instituto Interamericano de Derechos Humanos IIDH (2007). *Atención integral a víctimas de tortura en procesos de litigio : aportes psicosociales*. Instituto Interamericano de Derechos Humanos. -- San José, C.R. : IIDH.
- Jara, S. y Torres, J. (2013). *Percepción social de la ciencia: ¿utopía o distopía?*. Revista iberoamericana de ciencia, tecnología y sociedad No. 23, Vol. 8. Mayo de 2013. ISSN: 1850-0013.
- Juárez, J. (2004). *La credibilidad del testimonio infantil ante supuestos de abuso sexual: indicadores psicosociales*. Tesis doctoral. Universidad de Girona. ISBN: 84-688-8634-3.
- Kalinski, B. (2004). *Connotaciones diferenciales en la asunción del delito y formas específicas de la estadía carcelaria en hombres y mujeres*. Nómadas julio-diciembre, número 010. Madrid : Universidad Complutense de Madrid.
- Kantor, J. (1981). *Interbehavioral psychology*. Chicago : Principia press.
- Kinnear, T. y Taylor, J. (1998) *Investigación de mercados: Un enfoque aplicado*. Bogotá : McGraw Hill
- Leaning, J. (2000). *Human security: A framework for assessment in conflict and transition*. Boston : Harvard school of public health. Human security program.
- Lechner N., (2003). *Las sombras del mañana: la dimensión subjetiva de la política*. Santiago : LOM Ediciones.
- Ley 57 de 1887. *Código civil colombiano*.
- Ley 1098 de 2006. *Ley de infancia y adolescencia*.

- Marchiori, H (1997). Capítulo 4: La víctima en la prevención integral del delito. *Delito y Seguridad de los Habitantes*. México: Editorial Siglo XXI, Programa Sistema Penal Derechos Humanos de ILANUD y Comisión Europea
- Martínez, E. (2008). *Complejos de Seguridad e Integración: Perspectivas convergentes sobre Defensa y Seguridad en América del Sur*. Sociedad Global, Vol. 2 N° 1-2, Junio-Diciembre 2008. UAI.
- Méndez, P. y Bara, E. (2008). *Apoyo social percibido en adolescentes infractores de ley y no infractores*. PSYKHE 2008, Vol.17, N°1, 59-64
- Ministerio de protección social de Colombia (2008). *Políticas públicas y planeación sobre infancia y adolescencia en el departamento y municipio*. Bogotá : Ministerio de la protección social.
- Ministerio de salud de Colombia (1999). *Guía de atención de la mujer maltratada*. Bogotá : Ministerio de salud.
- Mirá y López, E. (1962). *Cuatro gigantes del alma*. Buenos Aires : El ateneo
- Mollá, M. (2005). *La privatización del espacio público como respuesta al miedo, el caso de la ciudad de México*. En O. Gutiérrez (coord.), *La ciudad y el miedo*, GGU, AGE y Universitat de Girona, Girona (VII Coloquio de Geografía Urbana), pp. 231-244.
- Monteleone, I. (2009). *Abuso sexual infantil: La retractación de la víctima y sus consecuencias procesales*. Recuperado de <http://www.espaciosjuridicos.com.ar/datos/AREAS %20 TEMATICAS/PENAL/abusosexualinfantil.htm>.
- Montenegro, A. y Pardo, C. (1996). *Introducción al análisis de datos textuales*. Bogotá : Universidad Nacional de Colombia. (Trabajo de grado).

- Morcillo, P. (2001). *Programa de asistencia a víctimas en Valencia*. Oficinas de atención a víctimas del delito (OAVD). Valencia : OAVD.
- Narváez, M.(2009). *El miedo al delito no es un supuesto de victimización indirecta*. International e-Journal of Criminal Science.Artículo 3, Número 3.ISSN: 1988-7949.
- Navejas, R. (2005). *Readaptación social, sociedad y orden. Un acercamiento a la dimensión epistemológica*. Recuperado de <http://psicologia juridica.org/psj172.html>.
- Niño, S., Lugo, N., Vega, L. y Roza, C. (1998). *Territorios del miedo en Santafé de Bogotá*. Tercer mundo : Bogotá. ISBN: 9586017524
- Norris, F. y Kaniasty, K. (1994). *Psychological distress following criminal victimization in the general population: Cross-sectional, longitudinal, and prospective analyses*. Journal of Consulting and Clinical Psychology. 1994. Vol.62, No. 1, 111-123. American Psychological Association.
- Ospina, W. (2000). *¿Dónde está la franja amarilla?*. Bogotá : Norma.
- Páez, D. (2009). *Representaciones sociales del miedo en Bogotá*. Bogotá : Universidad distrital Francisco José de Caldas (Trabajo de grado).
- Páez, D. y Soto, C. (2004). *La psicología jurídica según la literatura y el concepto de expertos y estudiantes de psicología: un estudio con tres técnicas metodológicas*. Bogotá : Universidad Nacional de Colombia. (Trabajo de grado).
- Palos, J. (1992). *La dinámica de las periferias urbanas y su percepción. Agentes y factores de transformación del territorio. El caso del sector central del Baix Llobregat*. Trabajo de grado para optar al título de Doctor, director de la investigación Carles Carrera i Verdaguer. Barcelona : Universidad de Barcelona.ISBN 9788469355015.

- Peña, J. (2005). *Miedo al delito en Bogotá: un estudio exploratorio*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia (Trabajo de grado).
- Perles, F. (2002). *Psicología jurídica*. Granada: Maracenas.
- Pinto, M. (2007). *O rosto do inimigo: Uma desconstrução do direito penal do inimigo como racionalidade biopolítica*. Porto alegre : Pontificia universidade católica do Rio grande do sul. Faculdade de direito (Trabajo de grado)
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (1998) *Desarrollo Humano en Chile 1998*. Editorial Trineo : Santiago.
- Reich, R. (2005). *El sistema penitenciario como "tratamiento"*. Recuperado de <http://psicologiajuridica.org/psj172.html>.
- Restrepo, E., Moreno, A. y Villegas, S. (2006). *Bogotá: ¿Más crimen? ¿Más miedo?*. Bogotá : Universidad de los Andes. ISSN 1657-7191.
- Ribes, E. y López, F. (1985). *Teoría de la conducta: un análisis de campo y paramétrico*. México: Trillas
- Rodríguez, G. (2008). *El miedo al otro y el uso del espacio: el discurso sobre el delito y el conflicto en la ciudad de Lérida*. Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales. Barcelona: Universidad de Barcelona, 1 de agosto de 2008, vol. XII, núm. 270 (16).ISSN: 1138-9788.
- Rodríguez, J. (2003). *Cómo analizar cuantitativamente datos cualitativos*. Recuperado de <http://www.rubenjoserodriguez.com.ar/index.php/2011/07/02/como-analizarcuantitativamente-datos-cualitativos/>
- Rodríguez, J. (2005). *Percepción de inseguridad y miedo al delito en la ciudad de Bogotá*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia (Trabajo de grado).

- Romero, A. (2002). *Informalización y privatización del control social: respuestas al miedo a la violencia delictiva*. Sociologías, Porto Alegre, año 4, N° 8, Jul-Dic 2002, p. 136-151. Porto Alegre : Universidade Federal do Rio Grande do Sul.
- Ruiz, J. (2007). *Cultura ciudadana, miedo al crimen y victimización: Un análisis de sus interrelaciones desde la perspectiva del tejido social*. Acta colombiana de psicología volumen 10 número 001, pp: 65-74. Bogotá : Universidad Católica de Colombia.
- Ruiz, J. (2010). *Eficacia colectiva, cultura ciudadana y victimización: un análisis exploratorio sobre sus relaciones con diversas medidas del miedo al crimen*. Acta colombiana de psicología vol.13 No.1. Junio de 2012. ISSN 0123-9155.
- Sabogal, N. (2010). *Promoción del derecho humano a la alimentación y prácticas de alimentación saludable en organizaciones y grupos Comunitarios en el D.C*. Proyecto comunidades saludables. Seguridad alimentaria y nutricional. Ámbito comunitario . Ficha técnica del plan de intervenciones colectivas de la Dirección de salud pública de la Secretaría de Salud Distrital. Bogotá.
- Salazar, L. (2006) *El miedo, cómplice del delito*. UNP (Diario de la universidad Nacional de Colombia), Bogotá 15 de Enero de 2006, sección ciudad.
- San Juan, C., Vozmediano, L., y Vergara, A. (2009). *Miedo al delito en contextos digitales: un estudio con población urbana*. San Sebastián : Eguzkilore número 23, diciembre de 2009 pp 175-190.
- San Martín, C. (2012). Las representaciones sociales de la seguridad ciudadana en los vecinos de la comuna de Melipilla, Chile. Psicoperspectivas, 12 (1), 72-94. Recuperado desde <http://www.psicoperspectivas.cl>

- Sánchez, G. (2010). *Bojayá: La guerra sin límites. Informe del grupo de memoria histórica de la comisión nacional de reparación y reconciliación*. Bogotá : Taurus.
- Secretaría Distrital de Planeación (SDP) (2009). *Conociendo la localidad de Puente Aranda: Un diagnóstico de los aspectos demográficos y socio económicos*. Bogotá : Alcaldía Mayor.
- Sierra, J., Ortega, V., Zubeidat, I. (2003) *Ansiedad, angustia y estrés: tres conceptos a diferenciar*. Red Revista Mal-estar E Subjetividad. Vol. 3, núm. 1, marzo, 2003, pp. 10 – 59. Fortaleza : Universidad de Fortaleza. ISSN: 1518-6148.
- Silva, A. (2003). *Bogotá Imaginada*. Taurus : Bogotá.
- Skogan, W. y Maxfield, M. (1981). *Coping with Crime. Individual and neighborhood Reactions*. London : Sage.
- Sociedad John Howard de Alberta (1999). *Prison and jail suicide*. Recuperado de <http://www.johnhoward.ab.ca/PUB/C41.htm>
- Soto, C., Silva, L., Vados, G. y Machado, D. (2013). *Análisis comparativo de los conceptos de percepción de seguridad y miedo al delito*. Bogotá : Universidad Santo Tomás (Trabajo de grado).
- Soto, M. (1999). *Edgar Morin. Complejidad y sujeto humano*. Valladolid : Universidad de Valladolid (Tesis doctoral).
- Soto, S. (2005). *La influencia de los medios en la percepción social de la delincuencia*. Revista Electrónica de Ciencia Penal y Criminología. ISSN 1695-0194.
- Suárez, C., del Moral, G. y González, T. (2013). *Consejos prácticos para escribir un artículo cualitativo publicable en psicología*. DOI: <http://dx.doi.org/10.5093/in2013a9> recuperado de <http://psychosocial-intervention.elsevier.es/es/consejos-practicos-escribir-un-articulo/articulo/90197280/>

- Subijana, I. (2008): *El ciberterrorismo: Una perspectiva legal y judicial*. Eguzkilore número 22, pp 169-187.
- Van Swaaningen, R. (2005). *La política de seguridad ciudadana en Holanda: traficando con el miedo*. Revista Española de Investigación Criminológica. N°3. Año 2005. ISSN 1696-9219.
- Varela, C. (2005). *¿Qué significa estar seguro? De delitos, miedos e inseguridades en adultos mayores*. Cuadernos de Antropología Social, núm. 22, 2005, pp. 153-171. Buenos aires : Universidad de Buenos Aires.
- Varela, O.; Sarmiento, A.; Puhl, S.; e Izcurdia, M. (2005). *Psicología Jurídica*. Buenos Aires : JCE Ediciones.
- Vásquez, C. (2005). *Aproximación sociológica al fenómeno de la seguridad ciudadana en Talca*. Tesis para optar al título de sociólogo. Santiago : Universidad de Chile, facultad de ciencias sociales, departamento de sociología.
- Vázquez, A. (2008). *Psicología forense y jurisprudencia terapéutica*. Revista Psicología Científica.com. 10(25). Recuperado de <http://www.psicologiacientifica.com/psicologia-forense-jurisprudencia-terapeutica/>
- Vilalta, C. (2010). *El miedo al crimen en México: Estructura lógica, bases empíricas y recomendaciones iniciales de política pública*. Gestión política pública [online]. 2010, vol.19, n.1, pp. 3-36. ISSN 1405-1079.
- Vilariño, M., Fariña, F. y Arce, R. (2009). *Discriminating real victims from feigners of psychological injury in gender violence: validating a protocol for forensic settings*. The European Journal of Psychology Applied to Legal Context, 2009, 1(2): 221-243. ISSN: 1889-1861.

- Vozmediano, L., San Juan, C. y Vergara, A. (2008). *Problemas de medición del miedo al delito: Algunas respuestas teóricas y técnicas*. Revista Electrónica de Ciencia Penal y Criminología (en línea). núm. 10-07, p. 07:1 -07:1 7. Disponible en Internet: <http://criminet.ugr.es/recpc/10/recpc10-07.pdf>. ISSN 1695-0194 [RECPC 10-07 (2008), 23 abr].
- Weisburd, D. y Eck, J. (2006). *¿Qué puede hacer la policía para reducir la delincuencia, los disturbios y el miedo?*. Derecho penal y criminología como fundamento de la política criminal : estudios en homenaje al profesor Alfonso Serrano Gómez / coord. por Francisco Bueno Arús, José Luis Guzmán Dalbora, Alfonso Serrano Maíllo, 2006, ISBN 84-9772-969-2 , págs. 1319-1345
- Wilson, J. y Kelling, G. (1982). *Fixing broken windows: restoring order and reducing crime in our communities*. New York : Touchstone, Simon & Schuster.
- Winnicot, C. (1990). *Deprivación y delincuencia*. Buenos Aires : Paidós. ISBN O-422-79180-6

Anexo A**Formato de consentimiento informado****CONSENTIMIENTO INFORMADO**

Bogotá, Septiembre de 2012

Cordial saludo

Como Orientador docente de la institución quisiera informarle de las posibilidad de incluir a su hijo/a en una investigación sobre algunas características del colegio y su implicación en los estudiantes .Para ello, se realizará una charla grupal para recolectar información y así poder sugerir acciones, cambios y/o mejoras positivas, guardando la identidad de los participantes.

Es importante aclarar que No existe obligación alguna de participar en esta investigación, ni habrán notas o incentivos académicos a partir de la participación, así como tampoco habrán consecuencias negativas por la no participación en la investigación.

En caso de autorizar la participación de su hijo en esta experiencia, favor diligenciar la siguiente información:

Nombre: _____

Firma: _____

Documento de identidad: _____

Hija/o autorizada/o a participar: _____

En caso de no autorizar la participación se su hija/o, favor hacer caso omiso a esta información.

Gracias por su atención, cordialmente:

Carlos Andrés Soto Vargas

Psicólogo

Docente orientador

Colegio Antonio José de Sucre IED.

Anexo B**Formato de consentimiento asistido****CONSENTIMIENTO ASISTIDO**

Bogotá, Septiembre de 2012

Cordial saludo.

Expreso mi voluntad de participar en las entrevistas de recolección de información para estudiar la zona en que se encuentra el colegio, sabiendo que no es una actividad que genere una nota o tenga influencia en mi rendimiento académico.

Manifiesto que conozco la información respecto a la investigación, he tenido la oportunidad de preguntar sobre ella y se me ha contestado satisfactoriamente las preguntas que he realizado.

Por lo tanto, acepto participar voluntariamente en esta investigación y entiendo que tengo el derecho de retirarme de la investigación en cualquier momento sin que existan consecuencias negativas a causa de ello.

Nombre del Participante _____

Firma del Participante _____

Fecha _____

Anexo C

Preguntas orientadoras para el *focus group*

¿Conoce usted el barrio? ¿Qué conoce de él?

¿Qué zonas son preferenciales para transitar? ¿Por qué? ¿A cualquier hora?

¿Qué zonas prefiere evitar para transitar? ¿Por qué? ¿A cualquier hora?

¿Qué características tienen las zonas preferenciales? ¿Modificaría algo? ¿Qué?

¿Qué características tienen las zonas evitadas? ¿Modificaría algo? ¿Qué?

¿Es posible aplicar la cultura ciudadana en las zonas cercanas al colegio?